

Enero 2006 1

BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- Avivar la conciencia de nuestro bautismo. A la entrada en vigor de las Constituciones Sinodales y del Decreto General para su aplicación 3
- Homilía en la celebración de la Eucaristía del Bautismo de S.A.R. la Infanta Dña. Leonor de Borbón Ortiz 6
- Carta a todos los niños de Madrid con motivo de la Jornada de la Infancia Misionera . 10
- DEUS CARITAS EST - DIOS ES AMOR. La luz del amor de Cristo para alumbrar el camino de la humanidad en nuestro tiempo 13

VICARÍA GENERAL

- Colectas imperadas para el año 2006 17

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 18
- Sagradas Órdenes 20
- Defunciones 21
- Actividades del Sr. Cardenal. Diciembre 2005 22

DELEGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS

- Causa de canonización 24

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Jubileo diocesano de las familias 27
- Fiesta de San Juan Bosco en el XXV Aniversario de la presencia de los salesianos en Alcalá de Henares 33

VICARÍA GENERAL

- Actividades diocesanas 39
- Otros actos 51

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Defunciones 52
- Actividades del Sr. Obispo. Enero 2006 53

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Homilía en la fiesta de Santa María Madre de Dios 55
- Homilía en la fiesta de la Epifanía del Señor 59

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 64

VICARÍA GENERAL

- Otras actividades 65
- Delegación de Juventud 66

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

- Encíclica del Santo Padre Benedicto XVI. DEUS CARITAS EST. Sobre el amor cristiano 69
- Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI. En la verdad, la paz para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz 106
- Mensaje de Su Santidad Benedicto XVI para la celebración de la Jornada Mundial de los emigrantes y refugiados 115

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXIV - Núm. 2774 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

AVIVAR LA CONCIENCIA DE NUESTRO BAUTISMO a la entrada en vigor de las Constituciones Sinodales y del Decreto General para su aplicación

Madrid, 07 de enero de 2006

Mis queridos hermanos y amigos:

El pasado viernes, Solemnidad de la Epifanía del Señor, han entrado en vigor las Constituciones de nuestro III Sínodo Diocesano y el Decreto General que lo aplica. Hoy, Fiesta del Bautismo del Señor, se nos ofrece un marco espiritual y pastoral extraordinariamente idóneo y sugerente para llevarlo a la práctica con frutos abundantes en nuestra vida personal y de cara al compromiso apostólico que se nos reclama en la Iglesia y en el mundo: el de ser testigos del Evangelio de la Salvación con un impulso nuevo. Nadie puede sentirse dispensado de esta primera exigencia de la caridad y amor de Cristo que es el servicio y transmisión de la verdad de la Fe. Se lo debemos a nuestros hermanos de Madrid; y además con la urgencia conocida y apreciada en las intensas jornadas de oración y reflexión sinodales; compartidas, en primer lugar, en los numerosísimos grupos eclesiales y, luego, en la Asamblea Sinodal.

Pero ese primer deber de la caridad cristiana, sobre el que nos llamaba la atención el Santo Padre en la Audiencia especial que concedía a los sinodales madrileños el 4 de julio del pasado año, postula por parte nuestra una actitud previa: la

de acoger y vivir nosotros mismos el don de la fe con nuevo ardor; para lo cual hay que comenzar, como las cuatro primeras Constituciones Sinodales señalan, por “avivar nuestra conciencia de bautizados”. A todos sin excepción, pastores y fieles, fieles consagrados y fieles laicos, atañe esa primera y fundamental apelación sinodal. Si en nuestra “sociedad sedienta de auténticos valores humanos y que sufre tantas divisiones y fracturas, la comunidad de los creyentes –como nos decía Benedicto XVI– ha de ser portadora de la luz del Evangelio, con la certeza de que la caridad es ante todo comunicación de la verdad”, es imprescindible que en toda ella –por lo tanto, que en toda la comunidad diocesana de Madrid– se avive personal y comunitariamente la conciencia del Bautismo recibido, de lo que significa el ser bautizado y de la vocación y misión que comporta para la existencia en el mundo.

Nuestro Bautismo se inscribe en esa historia nueva de penitencia, de purificación y renovación evangélicas que se inicia el día en el que Jesús, llegando al Jordán desde la ciudad de su familia, Nazareth, le pide a Juan, el ardiente profeta de la inminente venida del Mesías, que le bautice. Juan se resiste; pero ante la insistencia de Jesús, obedece y lo hace: el puro bautismo del agua significadora de penitencia y de anhelos de una plena revelación de la misericordia infinita de Dios se convierte en aquel instante de la inmersión de Jesús en el Jordán en el Bautismo del Espíritu Santo, el de la conversión radical del hombre a la condición de hijo de Dios. El don de la vida nueva se hacía posible por el Hijo Unigénito, por los Misterios de su Encarnación, Nacimiento, Vida, Muerte y Resurrección, a través de los cuales se revelaba y realizaba el designio salvador del Padre, derramando su misericordia sobre el hombre hasta límites insospechados: hasta el abrazo y acogida en la Casa del Padre.

Avivar nuestro Bautismo según la línea de auténtica renovación de la vida cristiana, marcada por el III Sínodo Diocesano de Madrid, incluye la recuperación de la vocación de ser hombres, “salvados por Jesucristo y llamados a ser testigos suyos”, viviéndola como “misión” en el mundo –Const. 1–. Para asimilar a fondo esta vocación y ser capaces de actualizarla misioneramente no cabe otra fórmula que la de vivir –ayudándonos mutuamente en ello– “el gozo del encuentro con la Persona de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre y hombre perfecto, en cuyo seguimiento e incorporación crecemos en humanidad y santidad”. Si esa vivencia es auténtica, se expresará por sí sola –Const. 2–. Cuando se vive el gozo de ser hombres nuevos en el Señor, con el Señor y por el Señor Jesucristo, sin tapujos y sin ocultamientos pacatos de lo que verdaderamente sentimos y experimentamos, entonces sale a la luz la verdadera alegría, contagia a los demás y se suscita inme-

diatamente la pregunta por el secreto de una existencia en la que el mal no se esconde hipócritamente sino que es vencido constantemente por el bien. Para la evangelización de Madrid, que estamos emprendiendo de nuevo, es de suma importancia, que “en las parroquias y en otros ámbitos eclesiales se formen comunidades vivas en las que la fe en Jesucristo y la vida según el Evangelio sean personal y gozosamente asumidas, y los fieles puedan encontrar una comunidad cristiana viva que los acoja, acompañe, y guíe en el seguimiento de Cristo” –Const. 3–.

La responsabilidad de toda la comunidad diocesana en este empeño es manifiesta; pero lo es de una manera muy específica e intransferible, de sus pastores: del Obispo Diocesano y de sus Obispos Auxiliares, en primer lugar, y, con ellos, de sus sacerdotes. Porque para llevar a buen término este propósito de “avivar nuestra conciencia de bautizados” no podremos olvidar nunca –¡cada uno de nosotros!– que “el Bautismo implica un proceso continuo de conversión y una educación permanente en la fe y en la vida cristiana, como seguimiento de Cristo”. Porque no en otra cosa, ni en otro programa, consiste y se realiza la nueva vida por la que y en la que se salva el hombre que no sea la misma vida de Cristo recibida en el Bautismo y siguiéndole a Él –Const. 4–.

Y, finalmente, no podemos descuidar la oración humilde y perseverante, confiándonos a Nuestra Señora y Madre, la Virgen de La Almudena, la que llevó en su seno y dio a luz al Autor de la Vida, por el que se ha iniciado y hecho posible el nacimiento del hombre nuevo en gracia y santidad en el tiempo y para la eternidad.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

HOMILÍA en la celebración de la Eucaristía del Bautismo de S.A.R. la Infanta Dña. Leonor de Borbón Ortiz

Capilla del Palacio de la Zarzuela

(Ez. 36, 24-28; Sal 22; Jn. 7, 37b-39)

14 enero 2006

Majestades
Altezas
Excmo. Sr. Arzobispo
Excelentísimos Señores y Señoras
Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

El día del Bautismo de un niño es siempre un día de gran alegría –en el fondo, una alegría única y singular– para sus padres, su familia y para toda la Iglesia, la gran familia de los hijos de Dios; en el caso de esta niña, que vamos a bautizar, Dña. Leonor, una alegría, sin duda, que comparte España entera. El Bautismo es como el segundo nacimiento; o, mejor dicho, como el llevar el primero a su plenitud de sentido y de horizonte de vida para el niño recién nacido.

Todavía el Domingo pasado celebrábamos la Solemnidad del Bautismo del Señor en el Jordán. La Iglesia desde los primeros siglos de su Liturgia valora y hace

presente este episodio de la vida de Jesucristo como Epifanía o manifestación de quién es Él y de cuál es la misión que Dios Padre le confía para la salvación del mundo. Pero también como aquel momento decisivo en su vida —el inicio de su vida pública— que es preciso conocer bien, si se quiere captar en toda su novedad el sentido profundo de lo que ocurre en el Sacramento del Bautismo. Cuando Jesús va de Nazareth al Jordán para pedirle a Juan el Bautista con insistencia inapelable que le bautice, se coloca entre aquellos de su pueblo que reconocen que un nuevo comienzo en la historia de Israel —¡sólo imaginable ya como la historia del Mesías!— únicamente es posible por el camino del arrepentimiento de los pecados, de la penitencia y de la conversión a Dios: a su ley y a su Alianza. Bautizándose en el Jordán, Jesús dejaba claro que con Él comenzaba el nuevo y definitivo capítulo de esa historia nueva de la superación del pecado y de la muerte que el hombre tanto anhelaba: ¡con Él comenzaba la historia de la nueva vida en gracia y santidad! “Como dice la Escritura: de sus entrañas manarán torrentes de agua viva”. Así lo confirmarán la voz del Padre, rasgando el cielo, y la infusión del Espíritu Santo en forma de paloma, tal como lo relata el Evangelio de San Marcos. Se cumplía la profecía de Ezequiel: “Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar, y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo”.

Con el Bautismo de un niño comienza también para él la historia de esa especial relación con Dios que por el don y la gracia del Espíritu Santo le libera de la esclavitud del pecado y de la amenaza de la muerte y le abre al camino de la vida, como nueva vida: ¡la vida de Cristo! ¿Cómo no vamos a hablar pues de alegría y de alegría verdadera —alegría perdurable porque se funda en Dios— cuando bautizamos a esta niña? En el Bautismo, en el momento de su regeneración y de su nuevo nacimiento como hija de Dios, no está sola: se encuentra acompañada por la fe de sus padres, los Príncipes de Asturias, y de su padrinos, Sus Majestades los Reyes de España. Una fe hondamente sentida en el seno de la Real Familia desde generaciones y generaciones ininterrumpidamente: desde los mismos albores de la historia más que milenaria de la Monarquía Española. Una fe profesada y vivida en comunión, nunca rota, con la Iglesia Católica. En la fe de la Iglesia, Una Santa Católica y Apostólica, recibe Dña. Leonor el Sacramento del Bautismo: el don de la nueva vida que la capacitará para asumir y realizar todas las riquezas de su personalidad humana y el futuro de su vida como una trayectoria marcada por la verdad, la esperanza y el amor, triunfando día a día sobre las asechanzas del mal espiritual y del mal moral —¡del pecado!— y superando, etapa tras etapa de la existencia, los dolores y sufrimientos propios de la peregrinación por

este mundo –incluida la muerte– en clave de entrega amorosa a Dios y a los hombres. Que ésta y no otra es la trayectoria de la felicidad verdadera que florecerá en la Gloria de Dios eternamente.

Ese don de la nueva vida, –¡vida sobrenatural!, según la caracterización y lenguaje multiseculares de la Iglesia– es preciso cuidarlo con tanto o más esmero que el don de la vida natural. Los padres, apoyados por su padrinos, han de ser los primeros que transmitan la fe a sus hijos, sobre todo desde el momento de su Bautismo. ¡A ello se comprometen delante de Dios y de su Iglesia! Es un compromiso del más alto y fino amor. Se hace posible el cumplirlo en el cultivo de la oración en familia y si no faltan la palabra creyente y el ejemplo cristiano del padre y de la madre. De ellos depende en destacado lugar el que los hijos reciban pronto, en el mismo momento de su despertar religioso, las primeras noticias del Evangelio. De los labios de sus padres han de conocer los nombres dulcísimos de Jesús y de María.

Nuestro Papa, Benedicto XVI, en la audiencia especial concedida a los peregrinos de Madrid el pasado cuatro de julio con motivo de la clausura del III Sínodo Diocesano, nos alentaba a ser transmisores de la fe con estas palabras: “En una sociedad sedienta de auténticos valores humanos y que sufre tantas divisiones y fracturas, la comunidad de los creyentes ha de ser portadora de la luz del Evangelio, con la certeza de que la caridad es ante todo comunicación de la verdad”. Tarea ciertamente no fácil en tiempos en que recobran nuevo vigor las propuestas de vida y de “visión del mundo” –que diría Romano Guardini, a quien era tan cara esa expresión “visión del mundo”: “Weltanschauung”– de distanciamiento cuando no de ruptura entre la ciencia y la fe; más aún, cuando se desconfía radicalmente de la capacidad de la razón para conocer la verdad objetiva, incluso, aproximativamente. En su homilía de la Navidad de 1980, el entonces Cardenal Ratzinger, Arzobispo de Munich, y hoy, nuestro Santo Padre, expresaba el origen de ese mal del escepticismo de nuestro tiempo con un diagnóstico que no ha perdido un ápice de actualidad. Decía el Papa: “cada vez me resulta más claro que la muerte de la humildad constituye la verdadera razón de nuestra incapacidad para creer y con ello de la enfermedad de nuestro tiempo, y cada vez comprendo mejor por qué San Agustín había explicado la ‘humilitas’, la humildad, como el corazón del Misterio de Cristo. El mismo había sido una de aquellas almas quisquillosas que sólo trabajosamente bajan de su alto pedestal intelectual, y sólo a través de muchas vueltas y muy difícilmente encuentran el camino de la Cuna”: ¡La Cuna del Niño Jesús! No la encontraremos si nosotros mismos no nos hacemos

como niños; y si no sabemos acogerlos como los acogió El: como sus predilectos en el Reino de los Cielos.

Pero, a Belén se llega pronto si se acierta a pedir orientación y ayuda a María y a José; sobre todo, a María: Madre solícita, de ternura inigualable, portadora y depositaria del Misterio del Amor más grande que haya podido soñar nunca el hombre; siempre dispuesta a la acogida: acoge a los pastores, a los Magos de Oriente... a los sencillos y limpios de corazón; valiente y fuerte en el cuidado del Niño, pero generosa sin límites para mostrarlo y ofrecerlo para la salvación de todos. A Ella encomendamos a esta niña que va a recibir las aguas del Bautismo – las aguas del mismo Jordán en las que se bautizó el Señor– y el crisma y don del Espíritu Santo. Se la encomendamos como hija suya. A Ella, a la Virgen de Nazareth, y Virgen de la Almudena, dirigimos también nuestra plegaria por sus padres, los Príncipes de Asturias; por sus padrinos, Sus Majestades los Reyes de España; y por todos sus familiares. ¿Y cómo no? A Ella, venerada y amada por tantos españoles desde tiempos inmemoriales como la Madre de España, la “Tierra de María” –en expresión inolvidable de nuestro querido Juan Pablo II–, le encomendamos también nuestra patria.

Amén.

CARTAA TODOS LOS NIÑOS DE MADRID
CON MOTIVO
DE LA JORNADA DE LA INFANCIA MISIONERA

«Siente la misión en tu corazón»

Domingo, 22 de enero de 2006

Mis queridos niños y niñas:

El domingo de la Infancia Misionera es una hermosa ocasión para comunicarme con vosotros, en este año 2006 recién estrenado. Me gustaría, y a vosotros seguro que también, que pudiéramos estar juntos, vernos y contarnos muchas, muchas cosas, como por ejemplo todo lo que habéis hecho en estos días pasados de la Navidad, y todo lo que nos han traído los Reyes Magos. No podemos hacerlo con nuestra presencia corporal, pero sí que podemos comunicarnos a través de nuestro corazón, y eso es lo que deseo hacer con esta carta que os envío con todo mi cariño. Podéis tener la seguridad de que esta carta sale de mi corazón y va directamente al corazón de cada uno de vosotros.

Como os habréis fijado, el lema de la Jornada Misionera de los niños de este año, al calor de lo que acabamos de celebrar y de vivir en la Navidad, nos habla precisamente de ese corazón que late y late dentro de vosotros lleno de la

emoción y de la alegría inmensa que nos produce la Presencia de Jesús, que ha venido a estar con nosotros, según su promesa, «todos los días hasta el fin del mundo». Sentir a Jesús tan cerca de nosotros, sentir su amor infinito y sentir su mismo deseo de llevar ese amor a todos los niños del mundo, y a todas las personas, es justamente «sentir la misión en tu corazón». Y si la sientes en tu corazón, no podrás por menos que vivirla en todos los momentos y en todos los lugares, en casa, en el colegio, en la parroquia, en la calle, en todas partes, con tus amigos y con tus amigas. Porque la misión se resume en la persona misma de Jesús, que nos ha hecho verdaderos hijos de Dios y herederos del cielo, que nos ha hecho sus amigos para estar con Él y para extender esta maravillosa amistad a todos los hombres. Y si esto es la misión, ¡los niños sois, sin duda, los mejores misioneros!

Llevar la misión en el corazón es lo primero de todo. Y el primer pensamiento nos lleva al Padre-Dios, ¡a su Corazón infinito! Él se nos ha querido comunicar mediante su Palabra, que es su Hijo Unigénito, Jesús, nacido de la Virgen María, con un corazón humano, como el tuyo y como el mío. Pero ya antes de «hacerse carne y habitar entre nosotros», la Palabra de Dios, como bien sabéis, se contenía en el libro más importante del mundo, que es la Biblia. De ella vosotros mismos escucháis, y también proclamáis, pasajes o lecturas, que nos enseñan la verdad y nos ayudan a vivir. Pues bien, en la Biblia Dios se atribuye a Sí mismo un corazón. Hablando de los pastores que habían de guiar a su pueblo, nos dice así a través del profeta Jeremías: «Os daré pastores según mi corazón» (Jer 3, 15). Y su Corazón está lleno de amor por cada uno de nosotros, por ti personalmente, como Él mismo desvela en el libro de los Proverbios: «Hijo mío, dame tu corazón» (Prov 23, 26).

Quizás te preguntes: «¿Y qué falta le hará a Dios mi corazón, que no puede compararse para nada con el Suyo?» Pues ahí está precisamente la gran maravilla del amor de Dios. En esta Navidad nos lo ha dicho muy bellamente el Papa Benedicto XVI: «Tenemos un Dios tan grande, que puede hacerse pequeño; y tan poderoso, que puede hacerse inerte y venir a nuestro encuentro como niño indefenso». Sí, Dios quiere tu corazón, para eso se ha hecho pequeño, para que seas su amigo, y dándole tu corazón te lo devuelva transformado y semejante al Suyo. Por todas partes hay tanta violencia que, muchas veces, sentiréis la tentación de responder también con violencia, de endurecer vuestro corazón. Pues bien, por medio del profeta Ezequiel, Dios mismo os dice: «Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (Ez 36, 26).

Con este corazón nuevo que os da Jesús, ¿cómo no vais a sentir, desde lo más hondo, la misión, es decir, el deseo de amarle a Él y de amar a todos como Él y con Él? Porque éste es el secreto de la misión. Sólo con un corazón así transformado por Jesús se puede ser misionero. Porque tenían este corazón, lo fueron los Patronos de las Misiones, San Francisco Javier, de quien celebramos este año el quinto centenario de su nacimiento, y Santa Teresa del Niño Jesús. Y porque tienen este corazón, lo son hoy día tantos millares de misioneros y misioneras que predicán la Palabra de Dios y parten el Pan de la Eucaristía, que es el mismo Jesús, a tantos hermanos nuestros de países lejanos, para que también ellos conozcan el amor infinito de Dios, y le den también ellos su corazón, para que lo transforme igualmente, y se conviertan a su vez en nuevos misioneros, que llevando consigo a Jesús abran camino al milagro de una vida nueva a su alrededor, y la transformación del mundo por el amor siga creciendo.

Queridos niños y niñas, no dudéis en darle por entero vuestro corazón al Señor para que lo transforme, y así seáis verdaderos misioneros ya, ahora mismo, en vuestra casa, en el colegio, con vuestros amigos y en todas partes. También extendiendo el amor de vuestro corazón nuevo a todos los niños del mundo, y especialmente a los más necesitados, a tantos niños que sufren terriblemente a causa del hambre, de la guerra, de todo tipo de crueldades. Cuando seáis mayores, algunos de vosotros iréis seguramente como misioneros a esos lugares lejanos para llevar a esos niños el amor de Jesús, y ayudarles para que la vida cambie y se haga hermosa a su alrededor, pero ya, ahora, todos podéis ser misioneros rezando mucho por ellos, llevándolos muy dentro de vuestro corazón. De este modo, seréis también muy buenos misioneros aquí, con vuestros familiares y amigos, y con tantos otros niños que quizás, aunque están muy cerca de vosotros, todavía no conocen a Jesús.

En esta Jornada de la Infancia Misionera, os invito a abrir vuestro corazón para abrazar a todos los niños del mundo, muy unidos a Jesús, y amparados con el amor inmenso de nuestra Madre, la Virgen de la Almudena. A Ella os encomiendo muy especialmente, a vosotros, y a vuestras familias

Con un beso para todos, recibid mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal Arzobispo de Madrid

DEUS CARITAS EST – DIOS ES AMOR
La luz del amor de Cristo para alumbrar el camino
de la Iglesia y de la humanidad en nuestro tiempo

Madrid, 28 de enero de 2006

Mis queridos hermanos y amigos:

El Santo Padre Benedicto XVI acaba de regalarnos su primera Carta Encíclica con el título “Deus Caritas est” –Dios es Amor–, como una ayuda doctrinal y pastoral ;como una luz! para descubrir de nuevo “el corazón de la fe cristiana” en un momento de la Iglesia y del mundo necesitado especialmente de esa Luz que es Cristo y que Juan Pablo II, su antecesor, había propuesto incansablemente a la humanidad de nuestro tiempo como el Redentor del hombre. Benedicto XVI, profundizando en esa senda quiere presentarnos a la luz de la Verdad del Amor “la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen cristiana del hombre y de su camino”. Con un propósito: que consigamos comprender mejor y más vivencialmente que ser cristiano y vivir como cristiano descansa en un conocimiento y una experiencia de amor, mejor dicho, del Amor: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él”. Así pues el cristiano ya puede expresar la opción fundamental de su vida confesando: “hemos creído en el amor de Dios”.

Conocer y creer en ese Amor de Dios que se nos ha revelado en Jesucristo es el inmenso don que hemos recibido los hijos de la Iglesia y, a la vez, el impulso

espiritual que ha de movernos a transmitirlo y comunicarlo a los demás, precisamente en un mundo en el cual –como dice el Papa– a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia. Y, en cualquier caso, en una sociedad como la nuestra –la europea y la española– en donde el plantearse la vida como si Dios no existiese y buscarse la felicidad al margen de Él es moneda corriente del existir diario y tentación permanente que acecha a los cristianos para que olviden ese conocimiento del Amor Divino que nos salva y lo cambien por el seguimiento y la adoración de tantos ídolos que sólo pueden garantizar una cosa: la satisfacción egoísta y, al final, frustrante y mortal de nuestras pasiones más instintivas. ¡Qué providencialmente oportuna resulta pues esta Encíclica de Benedicto XVI para nuestra Archidiócesis de Madrid inmersa en la aplicación de las Constituciones y el Decreto General de su III Sínodo Diocesano, orientado todo él a la transmisión de la fe ofrecida desde una vivencia honda y renovada de la Comunión eclesial! La lectura y la meditación de estas primeras páginas del Magisterio solemne de Benedicto XVI sobre esa primera y fundamental verdad de nuestra fe –“Dios es amor”– deberá ya acompañar todo nuestro esfuerzo personal y comunitario para llevara a la práctica en nuestra vida cristiana y en nuestros compromisos apostólicos los frutos de nuestro Sínodo Diocesano.

Benedicto XVI nos lleva de la mano a través de una reflexión iluminada por la fe y la razón a que conozcamos la infinita gratuidad y belleza del amor con que Dios nos ha amado en la creación y en la historia de la salvación. Amor único y uno, encendido y ardiente desde toda la eternidad en el seno misterioso de la Trinidad Santísima y manifestado en el Corazón Divino de Jesús traspasado por la lanza del soldado en el Calvario. Amor que permite al hombre descubrir su capacidad innata de amar, la gran y profunda herida que ha sufrido en la historia del pecado, los peligros que la siguen amenazando aún después de que hubiera sido puesta en condiciones de ser vivida en toda su integridad, más aún, en una plenitud de entrega y de oblación –de “agapé”– que nunca el hombre hubiese podido soñar, a no ser por una muestra de amor divino tan insondable como la que se nos manifestó y dio en el Misterio de la Encarnación del Hijo y de su Muerte en la Cruz y en su Resurrección. El Papa dice muy bellamente: “Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta Encíclica: ‘Dios es amor’ (1Jn 4,8). Es allí, en la Cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar”. Un acto de entrega que Jesús ha perpetuado

definitivamente en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Acto oblativo de Jesús que se nos actualiza sin censar eucarísticamente y en el que se nos ofrece como alimento para la vida eterna el Cuerpo y la Sangre del LOGOS –de “la Sabiduría eterna”– como amor. O, dicho con otras palabras, como el manjar de los santos y para la santidad.

La “mística” del sacramento de la Eucaristía, como dice el Papa, lleva consiguientemente a descubrir lo que significa la comunión en el Cuerpo y en la Sangre del Señor para la Iglesia como “Comunión de Amor” y para el ejercicio del amor por su parte: “la unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí: únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán: “No se puede ya jugar con la contraposición del amor a Dios y el amor al prójimo o su separabilidad y menos, por tanto, con la separación de promoción humana y evangelización. Ambos amores, decía el Papa, “viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así pues no se trata ya de un ‘mandamiento’ externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado al otro. El amor crece a través del amor”. ¡Cómo evoca esta afirmación de la Encíclica la famosa exclamación de Santa Teresa de Jesús: ‘amor saca amor’! Desde esta fuente inagotable del amor eucarístico de Cristo desarrolla el Papa en la segunda parte de la Encíclica todo un programa para comprender evangélicamente el Mandamiento del Amor y vivirlo en nuestro tiempo en todos los ámbitos de la sociedad: desde los más personales y privados hasta los más públicos, incluyendo los que afectan a la comunidad política y a la paz.

Su luminosa explicación de la relación íntima existente entre los postulados teóricos y prácticos de la justicia y la posibilidad de su realización en la vida y donación del hombre expresada y comprometida en el amor y por el amor, resulta especialmente actual; así como su llamada de atención a la importancia de “la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo”. ¡Todo un programa pastoral alentado por la esperanza cristiana y formulado con una fina y sensible percepción de los signos de los tiempos para la nueva Evangelización! Al final, el Papa, después de afirmar la unidad intrínseca entre fe, esperanza y caridad y de invitarnos a “vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo”, nos pone a los Santos como los modelos permanentes y nunca pasados del testimonio del amor verdadero que convierte al mundo y nos remite con ternura a Aquella que es la Madre del Amor Hermoso, a Santa María, Madre

de Dios, la que ha dado al mundo la verdadera luz, Jesús, su Hijo, Hijo de Dios, para que, imitándola y confiándonos a su cuidado maternal, acertemos en el camino el Amor del Dios que nos salva.

A Ella, Virgen de La Almudena, nos encomendamos en esta nueva etapa de la vida de la Iglesia, iluminada por la fe que nos ha llevado al conocimiento del amor que Dios nos tiene y a haber creído en Él.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

VICARÍA GENERAL

COLECTAS IMPERADAS PARA EL AÑO 2006

Campaña contra el hambre	12 de febrero
Día del Seminario	19 de marzo
Campaña contra el paro	2 de abril
Santos Lugares	14 de abril (Viernes Santo)
Día Nacional de Caridad	4 de junio
Óbolo de San Pedro	2 de julio
Domund	22 de octubre
Día de la Iglesia Diocesana	12 de noviembre

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

TRIBUNAL ECLESIAÍSTICO:

Juez Diocesano: Ilmo. Sr. D. Antonio José Díe López, por cuatro años (7-1-2006).

PÁRROCOS:

De Jesús de Nazaret: P. Cándido Fernández Recuero, S.F. (31-1-2006).

VICARIOS PARROQUIALES:

De Nuestra Señora del Recuerdo: P. Mariano Zenere della Montá, C.S.I. (13-1-2006).

De San Lesmes, de Alcobendas: D. Andrés Esteban Colmenarejo (31-1-2006).

ADSCRITOS:

A San Antonio María Claret: P. Rafael Rubén Lozano Tello, C.M.F. (20-12-2005).

A Ntra. Sra. de la Vega: D. José Luis Vázquez Díaz (31-1-2006).

OTROS OFICIOS:

Capellán del Real Cuerpo de la Nobleza de Madrid: Ilmo. Mons. D. Joaquín Martín Abad (10-1-2006).

Capellán de las Religiosas Escolapias de Puerta de Hierro: D. José García Jaén (20-12-2005).

Secretario de la Vicaría III-Este: D. Ricardo Gómez de Ortega Fuentes (31-1-2006).

Capellán de la Residencia de Ancianos San José: D. Ángel Javier Blázquez Flórez (31-1-2006).

Colaborador de Patrocinio de San José: D. Claudio de Francisco Oliveira (31-1-2006).

Colaborador de San Pedro Advíncula: D. Edgardo Ocola Manrique (31-1-2006).

Colaborador de San Pablo: D. Jesús Pedro Oyervides Carrillo (31-1-2006).

SAGRADAS ÓRDENES

El día 8 de enero de 2006, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Iglesia Conventual de Santa Clara, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado a **Fray José González Sánchez, O.F.M.Conv.**

DEFUNCIONES

El día 15 de enero de 2006, DÑA MARÍA ZARAGOZA TORRES, madre del sacerdote D. Agustín Gallego Zaragoza, de la Diócesis de Madrid y adscrito a la parroquia de Ntra señora de la Asuncion de Villacañas (Toledo).

El día 1 de enero de 2006, el Rvdo Sr. D. CASIANO FLORSITÁN SOMANES. Nació en Arguedas e 4-11-1926. Ordenado sacerdote en Innsbruck (Austria), el 18-3-1956. Desde octubre de 1964 fue profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca y del Instituto Superior de Pastoral.

El día 9 de enero de 2006, el sacerdote diocesano de Ávila, el Rvdo Sr. D. FÉLIX GIL RODRÍGUEZ.

El día 21 de enero de 2006, el Rvdo P. JUAN JOSÉ ARTEAGA ÁLVAREZ, religioso salesiano ,a los 82 años de edad.

El 21 de enero de 2006, DOÑA ANASTASIA ALCOCEBA, madre del sacerdote diocesano D. Primitivo Álvarez Alcoceba, vicario parroquial en la Parroquia Purísimo Corazón de María, de Madrid.

El día 25 de enero de 2006, DOÑA HERMENEGILDA POLO, madre del sacerdote D. Felipe Redondo Polo, diocesano de Madrid, vicario parroquial de la Parroquia de Santa Catalina de Alejandría.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. ENERO 2006

Día 1: Misa en la Catedral en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

Día 6: Misa en la Catedral en la solemnidad de la Epifanía.

Día 7: Confirmaciones en la parroquia de Fuente el Fresno, de San Sebastián de los Reyes.

Día 8: Misa en la Catedral en la fiesta del Bautismo del Señor. Con bautismo de niños.

Misa en la parroquia del Bautismo del Señor, con motivo de la fiesta de la parroquia.

Del 10 al 12: viaje a Roma.

Día 13: Consejo Episcopal.

Día 14: Bautizo de la Infanta Doña Leonor.

Día 15: Misa en la Catedral en la Jornada Mundial de las Migraciones.

Del 16 al 20: Ejercicios Espirituales.

Día 21: Visita pastoral con motivo de la clausura de la visita al arciprestazgo de Nuestra Señora de la Paz. En la parroquia de Nuestra Señora de la Paz.

Día 22: Misa y bendición de imagen en la parroquia del Cristo de la Salud.

Del 23 al 26: Viaje a Roma.

Día 27: Conferencia y misa en la Facultad de Teología san Dámaso. Festividad de santo Tomás de Aquino.

Colocación de la primera piedra de la parroquia Patrocinio del Señor (Vallecas). Misa.

Sábado 28: 18,00. Visita Pastoral Parroquia Dulce Nombre (Vallecas).
Martes 31: C. Episcopal.
CEE. Conferencia 40 aniversario Dignitatis Humanae.

DELEGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS

CAUSA DE CANONIZACIÓN

NOS, DR. D. ANTONIO MARÍA
Del título de s. Lorenzo in Dámaso,
Cardenal ROUCO VARELA, Arzobispo de Madrid

El Rvdo. P. Antonio Marrazo, Postulador General de la Congregación del Santísimo Redentor, me solicita que introduzca la Causa de Canonización por martirio de los siervos de Dios p. Vicente Nicasio Renuncio Toribio, P. Antonio Girón González, P. Donato Jiménez Viviano, P. Crescencio Ortiz Blanco. P. Ángel Martínez Miquélez, P. José María Urruchi Ortiz, Fr. Bernardo (Gabriel) Sáiz Gutiérrez, Fr. José –Joaquín (Pascual) Erviti Insausti, Fr. Nicasio Pérez del Palomar Quincoces, Fr. Gregorio Zugasti, Fr. Aniceto Lizasoain Lizaso y Fr. Rafael (Máximo) Pérez Pinedo.

Establecen las *Normae Servandae* de 7 de febrero de 1983, en el artículo 11 b), que establece que debe hacerse pública en la Archidiócesis la petición de la persona que ejerce la postulación, invitando a todos los fieles a que hagan llegar aquella noticias útiles, tanto a favor como en contra, relativas a dicha Causa.

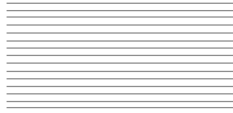
En consecuencia exhorto a todos los fieles de esta Archidiócesis, para que en el plazo de 40 días, a partir de la publicación de este Decreto en el Boletín Oficial de la Provincia Eclesiástica de Madrid, me manifiesten todo aquello que pueda ser útil para que pueda ser incoada esta Causa, así como lo que pueda ser contrario a la introducción de la misma.

Invito también a los fieles que tengan escritos o documentos de la Sierva de Dios, los presenten en la Delegación Episcopal para las Causas de los Santos, en la sede del Arzobispado de Madrid. C/ Bailén nº 8, en el plazo anteriormente indicado.

Madrid, 30 de enero de 2006

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal- Arzobispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma
Alberto Andrés Domínguez



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

JUBILEO DIOCESANO DE LAS FAMILIAS

(Catedral-Alcalá, 14 Enero 2006)

Lecturas: *1 Sm* 3, 3-10.19; *Sal* 39,2-10; *1 Co* 6,13-15.17-20; *Jn* 1, 35-42.
(Domingo segundo del Tiempo ordinario – Ciclo B)

1. Nos ha convocado hoy el Señor, para celebrar el Jubileo de las Familias, con motivo del 1700 Aniversario del Martirio de los Santos Niños, patronos de la Diócesis de Alcalá de Henares.

Habéis respondido con prontitud, queridas familias, a la invitación de la Diócesis, porque queréis vivir con gozo la fe cristiana, de la que dieron preclaro testimonio los niños Justo y Pastor.

Dos hermanos, miembros de la misma familia, se animaron mutuamente a profesar gozosa y públicamente la fe, a mantener encendida la esperanza cristiana en la resurrección y a vivir con alegría el amor.

Tales hijos son el fruto de un ambiente familiar, donde se respira el amor a Dios, el respeto hacia los padres y hacia los mayores, la obediencia filial, la comprensión y el cariño mutuos; estos hijos son fruto de una familia, que vive gozosamente la fe y da testimonio de ella, a pesar de las dificultades y de la hostilidad de la sociedad en la que está inmersa.

2. Las lecturas bíblicas del presente domingo nos ofrecen, en primer lugar, la narración de la vocación profética de Samuel, figura señera y polifacética del Antiguo Testamento. Samuel fue sacerdote, profeta y juez. Vivió un momento de transición en la historia del Pueblo de Israel y fue el encargado de protagonizarla; ahí radica su importancia y su grandeza.

Le tocó asumir el paso de la federación de tribus al régimen monárquico, porque el pueblo estaba empeñado en tener el mismo régimen de gobierno que los pueblos circundantes (cf. *1 Sm* 8,1-7). Samuel hubo de sufrir el desgarró, que supone romper con toda una época que terminaba y que amaba, y hubo de sufrir el dolor que lleva consigo el alumbramiento de una etapa nueva, de dura gestación y con grandes reformas políticas y religiosas. Samuel fue el gran protagonista de esta transición política.

3. Este hecho nos invita a realizar una consideración: Nos encontramos también nosotros en un momento histórico de cambios políticos, que conllevan algunas transformaciones sociales. La concepción actual de la familia está cambiando y se está imponiendo una noción totalmente distinta de lo que es en sí misma, desde el punto de vista antropológico y cristiano.

El Papa Juan Pablo II decía, hace ya más de una década: “En nuestros días, ciertos programas sostenidos por medios muy potentes parecen orientarse, por desgracia, a la disgregación de las familias. A veces parece incluso que, con todos los medios, se intenta presentar como «regulares» y atractivas -con apariencias exteriores seductoramente- situaciones que en realidad son «irregulares». En efecto, tales situaciones contradicen la «verdad y el amor», que deben inspirar la recíproca relación entre hombre y mujer y, por tanto, son causa de tensiones y divisiones en las familias, con graves consecuencias, especialmente sobre los hijos. Se oscurece la conciencia moral, se deforma lo que es verdadero, bueno y bello, y la libertad es suplantada por una verdadera y propia esclavitud” (Juan Pablo II, *Carta a las familias*, 5).

4. Ante estos hechos, la familia cristiana tiene el sagrado deber de seguir viviendo a la luz de la revelación divina y mantener los pilares fundamentales, en los que se apoya la institución familiar.

“Ciertamente nos encontramos con situaciones y *problemas nuevos* en nuestra sociedad en lo que respecta a la familia y a la vida. El reto que se nos

presenta es ser capaces de dar una respuesta verdadera a los mismos, que sea apta para solucionarlos” (Conferencia Episcopal Española, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 178). Sólo en Jesucristo y su Evangelio podremos encontrar la luz, que guíe nuestros pasos en la búsqueda de caminos y soluciones nuevas.

5. Samuel escuchaba al principio unas voces, que no sabía de dónde venían; creía que le llamaba el sacerdote del templo, pues aún no reconocía la voz del Señor, ya que nunca le había hablado antes. Samuel todavía no había aprendido todavía a distinguir la voz de Dios de otras voces. Algunos cristianos aceptan la voz de ciertas leyes humanas, aunque no estén en sintonía con la voz divina.

Todo mensajero de Dios debe estar siempre a la escucha de la palabra divina. El siervo debe abrir su oído, cada mañana, para sintonizar con esta palabra (cf. *Is* 50, 4-5). Cuando Dios habla y el hombre escucha se renueva la historia de salvación. Pero hace falta apertura y disponibilidad por parte del hombre, para escuchar la voz de Dios y discernirla de otras voces profanas.

Samuel era “un hombre de Dios”, que escuchaba su Palabra y anunciaba al pueblo la palabra recibida. Si los miembros de las familias viven como hombres de Dios, como auténticos creyentes, como verdaderos adoradores de Dios, serán testigos veraces de su Palabra y podrán proclamar la verdad del Evangelio, frente a nuevas modas sociales, que falsean la verdad del matrimonio y derivan en una errónea concepción de la familia.

Además de escuchar, el profeta debe confrontar su palabra con la Palabra divina, que es verdadera y nos hace libres; mientras que la palabra humana no siempre es verdad y lleva muchas veces a la esclavitud. Algunas leyes humanas, emanadas bajo pretexto de libertad, conducen al hombre a una esclavitud mayor; tenemos ejemplos de ellas, por desgracia, en nuestra sociedad española.

Los Santos Niños dieron su vida como testimonio de la verdad y derramaron su sangre, unida a la de Jesucristo, por confesar públicamente la fe. Las familias de hoy están llamadas a dar testimonio público de su fe, a defender la vida humana desde su concepción hasta la muerte natural, a mantener la institución del matrimonio, tal como lo ha querido Dios desde la creación del mundo.

6. La familia es el primer y más importante camino, que el hombre recorre; camino único e irrepetible, en el cual está inmerso el ser humano.

La familia tiene su origen en el mismo amor con que el Creador abraza toda la creación (cf. *Gn* 1,1-28). Cuando Dios crea al hombre, inspirándose en el misterio de su ser, dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (*Gn* 1, 26), manifestando de algún modo el «Nosotros» divino, que “constituye el modelo eterno del «nosotros» humano; ante todo, de aquel «nosotros» que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina” (Juan Pablo II, *Carta a las familias*, 6). Por ello, el modelo de la familia es la misma Trinidad.

La Sagrada Familia es también modelo de toda familia cristiana. El Hijo de Dios se hizo hombre en el seno de una familia. Cristo “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre” (*Gaudium et spes*, 22), empezando por nacer y vivir en el seno de una familia.

El misterio divino de la encarnación del Verbo está en estrecha relación con la familia humana: en la encarnación Jesucristo “se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” (*Gaudium et spes*, 22). Por ello, la Iglesia tiene como tarea el servicio al hombre y a la familia: “En este sentido, tanto el hombre como la familia constituyen «el camino de la Iglesia” (Juan Pablo II, *Carta a las familias*, 2).

7. En la primera carta a los *Corintios*, que ha sido proclamada, San Pablo presenta los principios fundamentales de la moral cristiana del cuerpo y nos recuerda que el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor (cf. *1 Co* 6, 13).

En primer lugar, sostiene que el cristiano es miembro de Cristo: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? (cf. *1 Co* 6, 15). San Agustín nos dice: “Gracias a que Cristo tuvo un cuerpo, nosotros somos miembros suyos” (San Agustín, *Sermón* 16.1, 2).

San Pablo incorpora al comportamiento del cristiano el del rescate por parte de Cristo, quien nos ha liberado de la carne y de la ley, como se rescata a un esclavo: “¡Habéis sido bien comprados! No os hagáis esclavos de los hombres” (cf. *1 Co* 7,23). Esto significa que el hombre, una vez libre, ya no puede prescindir del Espíritu de Cristo y no se pertenece a sí mismo. El cristiano se esclaviza de nuevo cuando cae bajo el yugo del pecado, del que ha sido rescatado: “Ni hagáis ya de vuestros miembros armas de injusticia al servicio del pecado; sino más bien ofrecedlos vosotros mismos a Dios como muertos retornados a la vida; y vuestros miembros, como armas de justicia al servicio de Dios” (*Rm* 6,13). Para Pablo, el hombre reducido a sus propios recursos es un esclavo.

En segundo lugar, el hombre es templo del Espíritu Santo: “¿O no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis?” (1 Co 6, 19). El cuerpo del cristiano está consagrado en virtud de su mismo libre albedrío, con que el hombre colabora con el Espíritu. San Agustín nos recuerda: “Gracias a que el Espíritu de Cristo habita en nosotros, nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo” (San Agustín, *Sermón* 16.1, 2).

El tercer principio se fundamenta en la resurrección y en la glorificación, prometidas al cuerpo del hombre: “Dios, con su poder, resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros” (1 Co 6, 14). Profesar la esperanza en la resurrección implica respetar ya desde ahora el cuerpo del hombre y dar gloria a Dios con él ya en este mundo: “Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Co 6, 20).

8. Las enseñanzas de San Pablo tienen importantes repercusiones en nuestras vidas. Dios creó al hombre como ser sexuado: varón o mujer (cf. Gn 1, 27); no existe, genéticamente otra opción. La sexualidad humana entra dentro de la historia de salvación.

La familia está formada por el varón y la mujer, que están abiertos a la vida, de manera natural, para generarla y cuidarla.

La unión con Cristo, realizada por el cristiano en el bautismo y actualizada en los demás sacramentos, es incompatible con cualquier otra unión, que comercialice las relaciones humanas y las degrade.

La unión sexual es tan íntima personal, que compromete de modo integral a las personas. La sexualidad forma parte integrante de la persona humana y no puede tratarse como si fuera algo externo a ella. Todo hombre, según el estado en que se encuentre (soltero, célibe, casado, viudo) debe vivir la sexualidad de manera armónica e integrada.

La visión cristiana de la sexualidad es muy positiva y bella, contrariamente a lo que piensan algunos coetáneos nuestros.

Como ha dicho Juan Pablo II: “La familia es el centro y el corazón de la civilización del amor” (Juan Pablo II, *Carta a las familias*, 13). Estimadas familias, vivid la “cultura del amor”, en contraposición con la actual “cultura de la muerte”, en

la que la vida y la familia están amenazadas y las personas se tratan como si fueran cosas.

9. El Jubileo de las Familias es una ocasión propicia, para recordarnos los principios cristianos acerca del matrimonio y de la familia, para asumirlos con alegría, para pedir al Señor su fuerza y para dar testimonio gozoso de esta realidad humana, que no puede estar a merced de las modas de cada época, ni sucumbir a una visión de la misma que la degrada. Nuestra sociedad tiene necesidad del testimonio de las familias cristianas, como el mundo romano quedó enriquecido con el testimonio de los santos mártires Justo y Pastor.

El lema de esta Jornada Jubilar reza así: “La familia, transmisora de la fe”. Cread, pues, estimadas familias, un ambiente propicio en vuestros hogares, para que se pueda escuchar la voz de Dios; puedan desarrollarse unas relaciones interpersonales, que faciliten el desarrollo integral de la persona; se viva una atmósfera de respeto y amor; se promueva la dignidad de la persona humana; se facilite a los hijos el encuentro personal con Jesucristo, como hemos visto en el Evangelio de hoy (cf. Jn 1,35-42); y se trabaje con denuedo en la educación cristiana de los hijos.

¡Que la Virgen María ayude a todas las familias a encontrar su sitio y su misión en el mundo! ¡Que los Santos Niños, Justo y Pastor, intercedan por nosotros, para que demos gozoso testimonio de nuestra fe! Amén.

FIESTA DE SAN JUAN BOSCO
EN EL XXV ANIVERSARIO
DE LA PRESENCIA DE LOS SALESIANOS EN
ALCALÁ

(Parroquia de San José-Alcalá, 29 Enero 2006)

Lecturas: *Ez* 34,11-12.15-16.23-24.30-31; *Flp* 4,4-9; *Mt* 18,1-6.10.

1. Acción de gracias

1. Celebramos esta Eucaristía en la Festividad de San Juan Bosco, fundador de la Sociedad Salesiana. Nos reunimos hoy, en esta querida parroquia de San José, pastoreada por los sacerdotes salesianos, para dar gracias a Dios especialmente por la vida de este gran Santo, pastor y educador de la infancia y de la juventud, que ha dejado a la Iglesia el testimonio de una vida entregada a los demás, según el modelo de Cristo, el Buen Pastor.

Pero a la gratitud a Dios por habernos regalado un santo como Juan Bosco, que ha dado tan buen fruto a la Iglesia, hemos de unir otro hecho que hace que la Fiesta de hoy tenga un sabor especial para toda la familia salesiana de Alcalá de Henares, pues estamos celebrando este año el veinticinco Aniversario de su presencia en esta Ciudad, al servicio de la Iglesia y de la evangelización.

En esta singular ocasión, contemplamos la figura de San Juan Bosco como el alentador y promotor de la labor que los salesianos habéis desarrollado en Alcalá durante este cuarto de siglo y seguís haciendo hoy. Su espíritu de amor a la Iglesia, que le hizo entregarse al cuidado y a la promoción de los jóvenes, ha de alentarnos también hoy para seguir entregándonos sin reservas a la tarea de anunciar el Evangelio, que es la fuerza de Dios, que hace crecer al hombre en todas las dimensiones de la persona.

2. Pastorear al pueblo de Dios

2. El profeta Ezequiel nos ha presentado la figura del buen pastor, el Señor, que cuida de su pueblo Israel: «Porque así dice el Señor, Dios de los ejércitos: Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él» (Ez 34,11).

El pastor vela por su rebaño, busca a las ovejas perdidas, recoge a las dispersas, cura a las heridas, reconforta a las enfermas, conduce a buenos pastos a las robustas (cf. Ez 34,12.16).

El Señor quiere que nosotros formemos parte de su rebaño: «Vosotras, ovejas mías, sois el rebaño humano que yo apaciento, y yo soy vuestro Dios, oráculo del Señor» (Ez 34,31).

El único y gran Pastor ha sido Jesucristo, el Hijo de David, quien ha apacentado la grey de Dios, ofreciendo su vida por las ovejas (cf. Ez 34,23). Dios quiere cuidar de su rebaño a través de hombres, con sus debilidades y limitaciones; por ello suscita pastores que apacienten en su nombre. En primer lugar, puso a los apóstoles; después, a sus sucesores, los obispos y a sus colaboradores, los presbíteros y los diáconos.

3. La infancia y la juventud se encuentran en una situación de desvalimiento en medio de nuestra sociedad. En el ambiente que les rodea, sin nuestra ayuda, los hijos de nuestras familias cristianas se encuentran expuestos a la manipulación, al abuso y al pillaje de los lobos.

Hay que ayudarles, estimados padres de familia y queridos salesianos, a vivir según los criterios evangélicos, a razonar con la inteligencia, a creer confiadamente en Dios, a ser personas desarrolladas integralmente. Hay que contrarrestar lo que la sociedad profana les enseña, y transmitirles fielmente las enseñanzas de Cristo.

San Juan Bosco ha sido un pastor, puesto por Dios, para cuidar de sus ovejas, al estilo de Jesús. En el Evangelio descubrimos el modo de tratar Jesús a los apóstoles, su pedagogía y su paciencia para con ellos. Juan Bosco supo imitar a Jesús en su pedagogía de respeto a la persona, de amor hacia ella, de animación y desarrollo de lo más noble que el hombre lleva dentro.

4. No podemos permitir que les manipulen las corrientes y modas de nuestra sociedad. Hay que ofrecerles una nuestra formación humana, cultural y religiosa, que les haga crecer como verdaderos hijos de Dios.

Especialmente hay que cuidar la formación afectiva y el aprendizaje del amor, en su verdadero significado, como nos acaba de recordar el Papa Benedicto XVI, en su primera y recentísima encíclica, donde expone el paso del amor-eros al amor-agapé (cf. *Dios es amor*, 3-6). El amor no es un simple sentimiento, sino que un camino de entrega total de la propia vida a los demás, como respuesta a la llamada de Dios.

Estimados jóvenes, os animo a vivir con serenidad y gozo vuestra afectividad y el crecimiento en el amor, ayudados de vuestros padres y educadores. ¡Seguid las enseñanzas de Cristo y no hagáis caso de las modas pasajeras, que se alejan de los criterios evangélicos!

3. *Hacerse como niños*

5. Según la narración del Evangelio de hoy, cuando los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron quién era el más importante en el Reino de los Cielos, Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y les dijo: «Si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18,3). De los niños es el Reino de los Cielos, porque de ellos es Cristo y Él está con ellos. El Señor nos explica lo que significa hacerse como niños. No es algo secundario, sino necesario; es una condición indispensable para alcanzar el Reino.

Una primera enseñanza de Jesús es la de ser como los niños y confiar como ellos. No en el sentido de ser ingenuos, inexpertos o de pasar por la vida sin reflexionar. Para Cristo, hacerse como los niños es ser como ellos en el corazón y depositar nuestra confianza en Dios. Para alcanzar el Reino es preciso depositar en Dios nuestra fe y confianza, del mismo modo que lo hace el niño. De los niños

podemos aprender contemplando el abandono con que se dejan mecer en los brazos de su madre. Así nos pide también Dios: que nos pongamos confiadamente en sus manos (cf. *Sal* 131,1-2).

El símil humano de la confianza total en Dios es la apertura del niño ante el amor de sus padres, en los que confía plenamente, pues sabe que de ellos solo recibirá lo mejor para él. Cristo nos invita a hacernos como niños, confiando en Él, como confía un niño en sus padres. Esta actitud la debemos procurar con todas nuestras fuerzas, pidiéndoselo a Dios, para que nos lo conceda.

6. El Señor nos ofrece otra enseñanza en el Evangelio, directamente relacionada con el trabajo del pastor de almas y del educador. Se trata de esta afirmación que hace Jesús: «Quien se humille como un niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos» (*Mt* 18,4).

Jesús, el Hijo de Dios, se humilló por nosotros, rebajándose por salvar al género humano y vaciándose de sí mismo para hacerse hombre (cf. *Flp* 6,11). En su vida pública no tuvo inconveniente en acercarse al enfermo para darle la salud, al pobre para enriquecerlo, al paralítico para sanarle, al leproso para curarle, al muerto para devolverle la vida; y a los niños para acariciarlos y bendecirlos (*Mt* 19,13-14). Del mismo modo que las olas del mar dejan la arena de la playa suave y tersa como en el primer día del mundo, así Cristo se acerca a nosotros. Porque no ha venido a condenar con orgullo, sino a salvar con humildad.

Los niños, en la mayoría de las culturas, son considerados como personas sin los derechos de los mayores, relegados a un segundo plano hasta que llegan a la edad adulta. Humillarse, como ellos, significa ponerse en el último lugar, ser capaces de asumir una vida de sencillez, aceptar humildemente las propias limitaciones.

7. San Juan Bosco ha sabido imitar al Maestro de los todos los tiempos. Su figura y su vida presentan un estilo semejante, plasmado en su método de enseñanza y de evangelización.

Se ha acercado al joven, necesitado de amor y de Dios, para tenderle su mano, abrirle su corazón y ofrecerle la Buena Nueva, que puede salvarlo y sacarlo del abandono, de la ignorancia y de la miseria. Esta tarea, queridos hermanos salesianos, es la que habéis asumido en estos veinticinco años. Esta es la tarea, que la Iglesia os pide que sigáis haciendo. Para realizar esta tarea hemos de pedir ayuda

al Señor, pues requiere un verdadero esfuerzo abajarse ante los más necesitados de nuestra sociedad.

Al realizar esta tarea, el apóstol San Pablo nos pide mantengamos el espíritu juvenil y alegre: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres» (*Flp 4,4*).

Estimados niños, adolescentes y jóvenes, a invitación del apóstol Pablo, os animo a estar alegres; a ofrecer una gota de frescura y de vida en los ambientes donde vivís: en casa, en el colegio, en la parroquia, en los centros de formación y de ocio, en la calle. ¡Estad siempre alegres en Señor!

4. Al servicio de los jóvenes

8. El Evangelio de hoy nos ofrece otra enseñanza: «El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe» (*Mt 18,5*). En ellos está el mismo Cristo, que les ama con especial predilección, pues ha enviado a sus ángeles para que cuiden de ellos en la presencia del Padre en los cielos. (cf. *Mt 18, 10*). Lo que le hagamos a ellos, a Cristo se lo hacemos: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt 25, 40*).

Esta responsabilidad nos la confía el Señor, y su advertencia es ineludible: “Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños” (*Mt 18, 10*). Los más importantes son los niños, los pequeños, los débiles, los necesitados. A ellos, precisamente, consagró su vida San Juan Bosco: a los más desvalidos de la sociedad, a los niños, a los adolescentes y jóvenes, que siempre ha sido objeto de manipulación por parte de los mayores y de los poderosos.

9. Si queremos ser verdaderos pastores y educadores para los niños y jóvenes es preciso estar con ellos y llevarles a Dios, como Jesús hizo con los Doce y como hizo San Juan Bosco con los jóvenes: pasar el tiempo con ellos, formarles, estar cerca, conocer su vida y sus problemas, tratarles con paciencia, corregirles con amabilidad.

A los niños y jóvenes, estimados padres cristianos y queridos salesianos, hemos de entregar nuestro tiempo, nuestro esfuerzo, nuestro cariño, para su promoción humana y cristiana. Esto no es –como quizá alguno piensa– “perder” el tiempo, sino entregarlo, para que encuentren a Cristo. Ni un solo vaso de agua,

dado a nuestros hermanos más pequeños, quedará sin agradecer en el Reino de Dios (cf. *Mt* 10, 42).

10. Que María Auxiliadora, Abogada nuestra, nos ayude a poner por obra todo lo visto y aprendido en Cristo, quien es imagen del Dios invisible.

Seamos pastores y educadores cristianos en representación de Jesucristo, a imagen suya y en su nombre.

¡Que el Espíritu Santo imprima en nosotros la huella de Cristo: sus actitudes humanas, sus virtudes, sus rasgos, su carácter, para que sepamos ser para sus ovejas el reflejo de su rostro humano y divino!

¡Que San Juan Bosco, cuya fiesta celebramos hoy, interceda por nosotros para que, como él, sepamos dedicarnos a la educación humana y cristiana de los adolescentes y jóvenes! Amén.

VICARÍA GENERAL

ACTIVIDADES DIOCESANAS

El día diecisiete de enero de 2006, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, de Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal correspondiente a este mes, que fue presidida por el Obispo diocesano. Se inició la Jornada rezando la Hora Tertia en la Capilla.

La mañana estuvo dedicada a la reflexión sobre el tema de la familia en el marco de los objetivos del presente curso como preparación del “Quinto Encuentro Mundial de Familias”, que tendrá lugar el próximo mes de julio en Valencia y al que ha confirmado su presencia el Papa Benedicto.

El Obispo Auxiliar de Valencia, Rvdmo. D. Salvador Giménez Valls presentó, en una primera intervención, a la “familia como transmisora de la fe”. Hizo unas consideraciones generales sobre la situación actual de la familia en la España actual y señaló los fundamentos del matrimonio y la familia cristiana a la luz de los documentos de la Iglesia.

Posteriormente presentó el programa previsto para el “Encuentro” y los diversos aspectos organizativos a tener en cuenta.

Concluyó la Jornada con la comida, en un ambiente fraterno.

JUBILEO DE LAS FAMILIAS

El día 14 de enero, a las doce del mediodía dio comienzo en la Plaza de Cervantes de Alcalá de Henares, en la así llamada Capilla del Oidor, una concentración de familias venidas de todas partes de la Diócesis, para celebrar el decimo-séptimo centenario del martirio de los Santos Niños Justo y Pastor, patronos de nuestra Iglesia diocesana.

Cientos de personas se congregaron alrededor del grupo de música carismática “Zarza Ardiente” que amenizó el inicio del Encuentro con cantos y melodías cristianas que los más jóvenes no dudaron en corear con gestos y alharacas.

Después de una hora realmente alegre, hicimos una pequeña oración que precedió a la Marcha de las Familias por la calle Mayor hasta el Obispado. En la cabecera y, portada por el Director del Secretariado y varios miembros de las familias que habían acudido, se encontraba una pancarta en la que se podía leer el lema: “La familia, transmisora de la fe”.

Al llegar al obispado, preparamos una comida fraterna en la que casi nos sentimos desbordados por la numerosa presencia de familias completas que habían decidido pasar este frío día junto a otras muchas con las que compartían una misma experiencia de fe y de vocación. Cada familia trajo su propia comida que luego puso en común en la mesa fraterna.

A las cuatro de la tarde, y después de una tranquila digestión, tuvimos una conferencia muy interesante, impartida por D^a Nieves González Rico, médico

sexóloga que habló del tema “Educar en el Amor”. El Paraninfo del Obispado fue el lugar elegido para acoger este acontecimiento muy valorado por los más de trescientos asistentes.

Al finalizar el turno de ruegos y preguntas, a las seis y veinte de la tarde, concluimos la marcha de la mañana andando desde el Obispado hasta la Catedral, con la Pancarta antes mencionada y con una nueva que habían realizado los niños con un grupo de jóvenes catequistas, mientras los adultos estaban en la conferencia.

Al llegar a la Catedral, tuvimos ensayo de cantos mientras más de diez sacerdotes confesaban a todos los que querían ganar el jubileo.

Para finalizar la Jornada Jubilar, celebramos la Eucaristía presididos por nuestro Obispo, el cual habló sobre la necesidad de defender los valores de la familia, unos valores que están por encima de las culturas y sociedades concretas, y que emanan de la naturaleza del hombre, ser sexuado, hombre-mujer, que caracterizan todo desarrollo humano posterior.

A las ocho de la noche acabó la Jornada Jubilar de las Familias dejando en todos los presentes la sensación de que aunque queda mucho camino por delante, todavía hay esperanza para la familia en esta sociedad secularizada.

CRÓNICA DE LA CELEBRACIÓN ECUMÉNICA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS (Catedral de Alcalá, Sábado 21 de enero de 2006)

Dentro de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, que celebra toda la Iglesia Universal en los días 18 al 25 de enero, se han celebrado en la Diócesis de Alcalá distintos actos ecuménicos promovidos desde el Secretariado de Ecumenismo y Relaciones Interconfesionales del Obispado.

La jornada principal se desarrolló el sábado 21 de enero en la Catedral de Alcalá, fecha en la que se celebró a las 19.30h la Oración por la Unidad de los Cristianos, con la participación de los pastores de las distintas iglesias evangélicas del Corredor del Henares, así como de los sacerdotes de las dos iglesias ortodoxas rumanas que hay en el territorio de la Diócesis de Alcalá.

Asimismo el domingo 22 de enero por la tarde, en la actual iglesia ortodoxa rumana de la ciudad de Alcalá de Henares se celebraron unas vísperas que sirvieron como marco para un encuentro ecuménico. El sábado 28 de enero en la parroquia San Juan Bautista de Arganda del Rey, se dieron cita todas las iglesias evangélicas del territorio diocesano para rezar por la unidad de todos los cristianos.

Desde el Secretariado de Ecumenismo y Relaciones Interconfesionales se constatan los pasos que se van dando en camino hacia la tarea irrenunciable e inexcusable de alcanzar la unidad de todas las confesiones cristianas, así como la relación cordial y de buena colaboración que existe actualmente con los pastores evangélicos y los sacerdotes ortodoxos en este mismo deseo común.

JUBILEO DE LOS PROFESORES CRISTIANOS

El pasado viernes día 27 de enero, en la Catedral – Magistral de Alcalá de Henares, a las 19:00h tuvo lugar el Jubileo de los Profesores cristianos.

El acto fue presidido, dada la imposibilidad de asistencia del Sr. Obispo, por el Director del Secretariado de Enseñanza, d. Juan Carlos Burgos, quien en su homilía resaltó la figura educativa de los Santos Niños, Justo y Pastor, como modelos de vida cristiana y testigos de la fe en Jesucristo.

La ceremonia contó con la asistencia de aproximadamente 500 personas, que participaron con devoción y fervor en dicho acto litúrgico.

Es de resaltar la amplia representación que hubo tanto de profesores de religión como de profesores cristianos que imparten otras áreas curriculares en los diferentes centros educativos de nuestra diócesis. El ambiente era, por un lado, de fraternidad y a la vez de profunda oración.

Acabado el Oficio de la Santa Misa, tuvo lugar la peregrinación de todos los asistentes a la cripta del martirio de los Santos Niños, donde se rezó públicamente la oración oficial del Jubileo con el fin de obtener las indulgencias concedidas.

Al finalizar se recordó, a todos los asistentes, la invitación que se brinda desde la Delegación Diocesana de Enseñanza a un segundo encuentro de motivación con todos los profesores cristianos y de religión el próximo día 30 de marzo en el Palacio Arzobispal de Alcalá de Henares.

Después del acto propiamente litúrgico, tuvimos la oportunidad de compartir la experiencia del Jubileo y celebrar con unos momentos de convivencia el don y la gracia que este momento había supuesto para todos los profesores de nuestra diócesis.

CRÓNICA DEL AÑO JUBILAR DE LOS SANTOS NIÑOS JUSTO Y PASTOR

Desde el pasado seis de Agosto de 2006, en que dio comienzo el Año Jubilar de los Santos Niños, con motivo del 1700 aniversario de su martirio y el 1600 de la creación de la diócesis Complutense, muchos han sido los actos que han jalonado estos seis meses.

Varios años antes, ya había realizado la Delegación Diocesana de Enseñanza la edición de unos materiales didácticos sobre nuestros Mártires, que han sido impartidos en los centros escolares, de manera especial entre los niños y niñas de Primaria, y también en todas las Parroquias.

Durante la Visita Pastoral que el Obispo diocesano, Mons. D. Jesús Catalá Ibáñez, viene realizando a las parroquias de la diócesis, en los encuentros que ha tenido con los niños les ha presentado las figuras de Justo y Pastor como modelo de vida cristiana.

La llegada del *Breve* de la Penitenciaria Apostólica, de 12 de Octubre de 2004, en el que se otorgaba a la diócesis Complutense poder celebrar el Año Jubilar de los Santos Niños, llenó de gozo a toda nuestra iglesia particular. La prensa se hizo inmediato eco de la noticia y los preparativos se incrementaron.

La diócesis ha editado un libro titulado “Los Santos Niños Justo y Pastor, raíz y fundamento de una ciudad”, obra del canónigo de la Catedral y Delegado Episcopal de Liturgia, M.I. D. Luís García Gutiérrez, que fue presentado en octu-

bre de 2005 en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal con intervención del Rector de Seminario D. Juan-Miguel Prim, el propio autor y el Obispo de Alcalá Mons. D. Jesús Catalá.

Anteriormente se habían publicado unos materiales con una explicación sencilla del significado del Jubileo, modo de ganarlo y fechas para las grandes Jornadas jubilares, que se hallan a disposición de cualquier persona en la Catedral de Alcalá y en la Parroquia de Tielmes, ambos lugares jubilares. La oración del Año Jubilar está igualmente disponible impresa en una estampa de los Santos Niños. Se han editado además otros materiales más amplios, para que los párrocos o agentes de pastoral puedan preparar las peregrinaciones.

Ha sido editado por la Diócesis un material audiovisual (en “DVD”), que contiene la historia del martirio de los Santos Justo y Pastor, los orígenes y breve historia de la primera etapa de la diócesis Complutense y un informe detallado de la actualidad y el futuro de esta iglesia particular. En él aparecen entrevistas con varias personas representativas de la Diócesis.

El día seis de agosto de 2005, solemnidad de los Santos Niños, se celebró en la Catedral una solemne Misa con Vísperas de los Santos Justo y Pastor, utilizando los textos de la liturgia mozárabe, compuestos por San Isidoro, y adaptados a la actual “Liturgia de las Horas”. Todos y cada uno de los asistentes contaban con un precioso libreto. La Eucaristía, presidida por el Obispo de Alcalá de Henares, fue concelebrada por más de cuarenta sacerdotes.

A continuación salió la Procesión con las Reliquias e imágenes de los Santos Mártires. La urna con las Reliquias salía por vez primera a la calle en procesión. Las andas con la urna que las contiene, obra del orfebre Zurreño, del siglo XVII, y restaurada recientemente por la diócesis Complutense, era portata por cofrades de las ocho Cofradías Penitenciales de la Ciudad. El recorrido se hizo por las principales calles del casco histórico y el público que estaba presente a lo largo del itinerario era innumerable.

La Eucaristía del domingo siete de agosto de 2005, que fue retransmitida por Televisión Española, estuvo presidida por el Sr. Nuncio de Su Santidad en España, Mons. Manuel Monteiro de Castro y concelebrada por el Obispo de Alcalá y el Auxiliar de Madrid Mons. D. César Franco. Más de cincuenta sacerdotes concelebraron la Misa. Asistieron el alcalde Sr. Bartolomé González Jiménez, y un

buen número de concejales del Ayuntamiento. En la procesión de ofrendas participaron, entre otros, el alcalde Tielmes de Tajuña y la presidenta de la Cofradía de los Santos Niños de dicho pueblo. Después de la Misa se cantó el nuevo himno de los Santos Niños, compuesto para el Año Jubilar.

A continuación, el Sr. Nuncio, el Obispo complutense, autoridades, sacerdotes y algunos invitados, recorrieron la Exposición que albergaba el Claustro de la Catedral, y que recoge algunas muestras fotográficas de la *Complutum* romana, de la urna donde se conservan reliquias de los Santos Niños en Huesca, de los primeros obispos complutenses, y de algunas muestras de la iconografía de los Santos Niños. Esta Exposición permanecerá abierta al público durante todo el Año Jubilar.

El Nuncio de S.S. abrió el Libro de Visitas del Año Jubilar y seguidamente firmó el Obispo de Alcalá Mons. D. Jesús Catalá.

El primer grupo significativo que realizó la peregrinación jubilar estuvo compuesto por los miembros de la Provincia Eclesiástica de Madrid. Los Obispos de las tres Diócesis visitaron la Cripta de la Catedral el 16 de septiembre de 2005. Previamente estuvieron viendo la exposición que, con motivo del Año jubilar, se encuentra en el claustro de la Catedral.

El día 16 de octubre de 2005 tuvo lugar la peregrinación diocesana de los Jóvenes. Como preparación a la misma hubo una Vigilia de Oración, el día anterior, en la parroquia de Los Santos de la Humosa.

Al día siguiente los jóvenes llegaron a la Ciudad de Alcalá y se fueron concentrando en la Plaza de Cervantes, donde tuvo lugar un festival de música. Luego fueron caminando por la calle Mayor hasta Catedral, que quedó completamente llena. La Misa fue presidida por el Obispo D. Jesús Catalá, con quien concelebraron el Vicario General y Vicarios Episcopales, y un gran número de sacerdotes. Procedentes de muchas parroquias de la diócesis. Terminada la Eucaristía, visitaron la Cripta donde se veneran las Reliquias de los Santos Niños.

El sábado, 5 de noviembre, se celebró el Jubileo de los Catequistas. El Delegado Diocesano, D. José-Manuel Fuertes Corral, había preparado cuidadosamente la Jornada. Dio comienzo con una conferencia sobre los Santos Niños a cargo de D. Luís García Gutiérrez, canónigo de la Catedral, impartida en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal, y a la que precedió la exhibición del audiovisual

preparado por la Diócesis con ocasión de los dos grandes eventos que se conmemoran. La sala resultó insuficiente para albergar a tantos catequistas.

Fueron después a la Catedral, donde D. Jesús Catalá presidió la Eucaristía. Concelebrada por numerosos sacerdotes, transcurrió en un clima de gran religiosidad y participación. Con una comida en las dependencias del Obispado, compartiendo las viandas que llevaban preparadas, la Jornada terminó a media tarde.

Si bien en principio el Jubileo de las Familias estaba previsto para el 30 de Diciembre, fiesta de la Sagrada Familia, por la proximidad del fin de año tuvo que aplazarse hasta el 14 de enero de 2006. Con el salón de Actos del Palacio Arzobispal totalmente abarrotado de matrimonios, muchos de ellos con sus hijos, la médico y presidenta de la Fundación “Desarrollo y Familia”, D^a Nieves González Rico, colaboradora habitual del programa “La tarde con Cristina” de la Cadena COPE, pronunció una brillante conferencia sobre el amor y la sexualidad. Con palabra ágil y fluida, explicó qué valores han ido progresivamente deteriorándose en nuestra sociedad, hasta llegar a confundir los términos y a considerar el amor como una mera mercancía o puro entretenimiento erótico. Apoyándose en esquemas, proyectados en pantalla por su esposo Carlos, fue desarrollando el problema hasta llegar a la visión cristiana del amor y de la sexualidad. El público siguió con extraordinaria atención su intervención.

Posteriormente se trasladaron todos a la Catedral. Ya estaba bastante ocupada, porque muchas familias habían ido directamente allí, de manera que resultó difícil acoplar a tantas personas. Presidió la Eucaristía el Obispo complutense, Mons. Jesús Catalá, y concelebraron más de treinta sacerdotes, que habían acompañado a las familias de sus parroquias y de varios movimientos cristianos.

Terminada la Misa, y tras el rezo por todos de la oración del Jubileo y por el Papa, el Obispo invitó a todos los niños presentes a que se acercaran al presbiterio. Los más pequeños iban en brazos de sus padres. Y fue bendiciéndolos uno a uno. Mientras tanto, una larguísima fila se había formado ya para venerar las Reliquias en la cripta del templo catedral.

El domingo 15 de enero tuvo lugar el Jubileo de los miembros de la Adoración nocturna. La Misa en la Catedral fue presidida por el Director Espiritual, Rvdo. D. Manuel Aróztegui.

El sábado 28 de enero tuvo lugar el Jubileo de los Profesores cristianos. La Misa fue presidida por el Delegado Diocesano de Enseñanza D. Juan Carlos Burgos, y la asistencia fue también muy numerosa.

El número de parroquias y grupos cristianos que han visitado la Catedral y la parroquia de los Santos Niños de Tielmes de Tajuña, también templo jubilar, hasta estas fechas se acerca a los treinta. Y ya está confirmada la presencia en Alcalá con esta finalidad otro importante número, que sin duda se incrementará por la llegada de la primavera y comienzos del verano

De la propia diócesis Complutense han ganado el Jubileo hasta este momento las parroquias de San Juan de Avila (Alcalá), San Francisco de Asís (Alcalá), Santa María de los Ángeles (Coslada), San Andrés Apóstol (Villarejo de Salvanés), San Bartolomé (Alcalá), San Marcos (Alcalá), San José (Alcalá), San Andrés Apóstol (Fuentidueña), N^aS^a de Arbuel (Villamanrique de Tajo), San Maximiliano Kolbe (Rivas-Vaciamadrid) y Santo Domingo de la Calzada (Algete).

Se han hecho presentes también el movimiento “Cursillos de Cristiandad” y las religiosas Oblatas de María Inmaculada.

El Instituto de Enseñanza Superior “Los Olivos” de Mejorada del Campo y el Colegio de los Escolapios de Alcalá han sido los centros de Enseñanza que hasta el momento han ganado el Jubileo.

De la Archidiócesis de Madrid han venido las siguientes Parroquias: San Francisco de Asís, San Romualdo, la Encarnación, la Almudena (con su párroco y D. Antonio Astilleros), Nuestra Señora de las Delicias (dos grupos en distintas fechas).

De la diócesis de Getafe se ha recibido la visita de la parroquia de los Santos Niños de Getafe (con el Obispo Mons. D. Joaquín López de Andujar al frente, que presidió la Eucaristía), así como de la “Fundación Jesús y San Martín”.

De la Archidiócesis de Valencia ha peregrinado hasta Alcalá la parroquia de San José de Calasanz de la propia capital levantina, con un nutrido grupo de familias.

De la Archidiócesis de Toledo, a últimos del mes de noviembre, se ha hizo presente ante las Reliquias la parroquia de San Juan Bautista de La Puebla de Almoradiel.

Otro aspecto que no ha descuidado la comisión del Año Jubilar ha sido el de la cultura. Además de la exposición ya mencionada, en la Catedral han tenido lugar varios conciertos corales y de órgano a cargo de prestigiosos grupos musicales y organistas. Y continuarán celebrándose más en meses sucesivos.

El Instituto de Estudios Complutenses se prestó amablemente a colaborar con la diócesis para un ciclo de Conferencias y Mesas Redondas sobre los Santos Niños. Tendrán lugar, una cada mes, hasta mayo inclusive. La primera de ellas tuvo lugar el viernes 21 de enero de 2006, sobre “Justo y Pastor a la luz de la Arqueología”, en la que el arqueólogo D. Javier García Lledó, disertó ampliamente sobre la vieja ciudad de *Complutum* en la que vivieron y fueron juzgados nuestros mártires. Con apoyo informático fue mostrando cómo era la urbe en la época en que vivieron Justo y Pastor, sus dimensiones, edificios de culto y de ocio. Posteriormente expuso los trabajos de excavación que han venido realizándose estos últimos años y que han confirmado plenamente que, tras el hallazgo de las reliquias por el obispo Asturio, primer obispo complutense, a principios del siglo IV, la ciudad se trasladó hacia el oriente, como lo muestran los numerosos enterramientos tardorromanos y visigóticos que se han hallado. Y corroboró con estos testimonios lo que en Alcalá todos afirmamos: que el actual emplazamiento de la ciudad no surgió ni en la *Complutum* romana y ni en Alcalá la Vieja de origen musulmán, sino en torno al sepulcro y la devoción a los Santos Niños. Y curiosamente en un punto equidistante de una y de otra, en el eje de la Vía que llegaba hasta *Emérita Augusta*.

Antes de esta disertación, que tuvo lugar en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal, el presidente del Instituto de Estudios Complutenses, D. Francisco-Javier García Gutiérrez, hizo la presentación del ciclo de conferencias, acto que estuvo presidido por Mons. Pedro-Luís Mielgo, Vicario Episcopal y Presidente de la Comisión Jubilar.

Siguen llegando a la Catedral de Alcalá numerosos grupos de peregrinos de diversas partes de la geografía española y han anunciado su presencia algunos grupos de algunos países vecinos. Muchos son los cristianos que, de manera individual, se acercan a lugar de las reliquias de los Santos Niños Justo y Pastor para lucrar la indulgencia jubilar.

De manera periódica se irá informando de las diversas peregrinaciones y de los actos culturales que tengan lugar con motivo de esta efeméride eclesial.

OTROS ACTOS

CONFIRMACIONES

El Ilmo. Vicario general, Mons. Florentino Rueda administró el sacramento de la Confirmación en la parroquia de San Pedro (Catedral-Alcalá), el día 21 de enero; y en la parroquia de San Gabriel Arcángel (Arganda-La Poveda) el día 29 del presente mes.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

El día 1 de enero de 2006, en el Monasterio de Ntra. Sra. de la Esperanza, Franciscanas de Santa Clara, en Alcalá de Henares, falleció la Madre María Luz de Jesús (M^a Albadea Noguel), natural de Brihuega (Guadalajara), a la edad de 95 años y 71 de vida religiosa. Desempeño los cargos de Abadesa y demás oficios de la Comunidad.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO ENERO 2006

- Día 1.** Visita el Monasterio de Clarisas de N^{ra} S^a de la Esperanza (Alcalá).
Días 2-3. Despacha asuntos de la Curia diocesana y recibe en audiencia.
Día 4. Visita sacerdotes enfermos (Madrid).
Día 5. Audiencias.
Día 7. Despacha asuntos de la Curia diocesana.
Día 9. Reunión de la Comisión Mixta - Comunidad Autónoma de Madrid y Provincia Eclesiástica (Palacio episcopal-Alcalá).
Día 10. Reunión de arciprestes (Torres de Alameda).
Día 11. Despacha asuntos de la Curia diocesana.
Día 12. Por la mañana, reunión de Consejo episcopal.
Por la tarde, reunión de catequetas (Madrid).
Día 13. Audiencias.
Día 14. Preside la Eucaristía con motivo del Jubileo diocesano de las Familias (Catedral).
Días 15-16. Despacha asuntos de la Curia diocesana.
Día 17. Jornada diocesana sacerdotal (Ekumene-Alcalá).
Día 18. Visita al Obispado de Segovia.
Día 19. Audiencias.
Día 20. Despacha asuntos de la Curia diocesana.
Día 21. Participa en la Toma de Posesión de Mons. Rafael Palmero como Obispo de Orihuela-Alicante (Orihuela).

Día 22. Concelebra en la Misa y participa en la Procesión, con motivo de la Solemnidad de San Vicente Mártir (Catedral-Valencia).

Día 23. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Días 24-25. Audiencias.

Días 26-28. Participa en la Toma de Posesión de Mons. Francisco Cases como Obispo de Islas Canarias.

Día 29. Preside la Eucaristía con motivo de la Fiesta de San Juan Bosco (Parroquia de San José-Alcalá).

Día 30. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 31. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, participa en el Acto conmemorativo del 40 Aniversario de la Declaración “Dignitatis humanae” del Concilio Vaticano II (Sede Conferencia Episcopal–Madrid).



SR. OBISPO

Homilía en la fiesta de
SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

(Jornada de oración por paz – 1 de enero 2006)

La Iglesia quiere que comencemos el año contemplando el misterio de María Madre de Dios. *“Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte”*. Así rezaba el pueblo fiel acompañando a los padres conciliares, cuando en el año 431, en la ciudad de Éfeso, fue definido el dogma de la Maternidad Divina de María. Si María no fuese Madre de Dios, Jesús no sería Hijo de Dios, y si Jesús no fuera Hijo de Dios estaríamos sin Salvación.

María es Madre de Dios. La Salvación entró en el mundo por medio de María. Ella es la puerta por la que Dios entró en el mundo y Ella es también la puerta por la que el mundo entra en Dios. María no sólo es la Madre de Dios. También es nuestra Madre. Jesucristo en la cruz nos la entregó como Madre. Por eso podemos decir también que ella es el camino y la puerta para llegar a Cristo, el Hijo de Dios. Ella es el camino para llegar a Dios. *“Dios y Señor nuestro que por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación, concédenos experimentar la intercesión de Aquella de quien hemos recibido a tu Hijo Jesucristo, el Autor de la Vida”*.

Por eso es muy apropiado celebrar en este día primero del año la Jornada Mundial de Oración por la Paz, pidiendo al Señor, por intercesión de María, el bien de la salvación más precioso: el bien de la paz.

Como todos los años el Papa ha dirigido su mensaje de paz a todos los hombres y mujeres del mundo: *“Deseo hacer llegar un afectuoso saludo a todos los hombres y a todas las mujeres del mundo de modo especial a los que sufren a causa de la violencia y de los conflictos armados. Es también un deseo lleno de esperanza por un mundo más sereno, en el que aumente el número de quienes, tanto individualmente como comunitariamente, se esfuerzan por seguir las vías de la justicia y de la paz”* (Cf. nº1).

Este año el Papa ha centrado su mensaje en la relación entre la verdad y la paz. El lema de este año, que es *“En la verdad, la paz”*, se expresa la convicción de que, cuando el hombre se deja iluminar por el esplendor de la verdad, emprende de modo, casi natural, el camino de la paz (cf. nº 3).

Y es que la paz sólo es posible como fruto o resultado de un orden diseñado y querido por el amor de Dios. Para que haya paz es preciso respetar ese orden. Hay que vivir en coherencia con la verdad de ese orden, es decir, con la realidad de las cosas, tal como esa realidad ha sido creada por Dios. Y para que respetemos ese orden, esa realidad, Dios ha inscrito en el corazón de cada hombre, desde que el hombre es hombre, en todas las culturas y en todas las épocas una ley moral universal. Por eso cuando, quebrantando esa ley universal impresa en la naturaleza humana, no se respeta la vida humana, o no se respeta la familia o cuando se obstaculiza y se impide el desarrollo integral de la persona y la tutela de los derechos fundamentales; cuando muchos pueblos se ven obligados a sufrir injusticias y desigualdades intolerables ... , es imposible la paz. Sólo es posible la paz cuando se respeta y se realiza por completo la verdad del hombre (cf. nº 4).

Lo contrario de la verdad es la mentira, es negar la realidad, es contradecir ese orden querido por Dios, es inventarse “otra realidad”, según las propias conveniencias de cada uno. Y la mentira está relacionada con el drama del pecado y sus consecuencias perversas, que han causado y siguen causando efectos devastadores en la vida de los individuos y de las naciones (cf. nº 5).

La auténtica búsqueda de la verdad requiere tomar conciencia de que el problema de la verdad y la mentira concierne a cada hombre y a cada mujer, y que es decisivo para un futuro pacífico de la humanidad. Buscar la Verdad, amar la Verdad, ser testigos valientes de la Verdad. Todo esto supone:

- Conciencia de estar unidos por un mismo destino trascendente, valorando y teniendo en cuenta y valorando adecuadamente las legítimas diferencias.
- Promover una convivencia de todos los ciudadanos en una sociedad gobernada por la justicia.
- Cultivar relaciones fecundas y sinceras, buscando la reconciliación y el perdón y siendo fieles a la palabra dada.(6)

Jesucristo es quien nos revela la plena verdad del hombre y el sentido último de la historia. Jesucristo es la Verdad que nos da la paz. Con la fuerza de su gracia es posible estar en la verdad y vivir en la verdad.

Los grandes enemigos de la verdad y, por tanto, de la paz son el “nihilismo” y en el “fanatismo religioso” (fundamentalismo). Uno y otro están en la base de muchas formas de terrorismo.

Los nihilistas niegan la existencia de cualquier verdad. (Casa edificada sobre arena; dictadura del relativismo). Los fundamentalistas tienen la pretensión de imponer la “verdad” por la fuerza.

Unos y otros coinciden en el desprecio del hombre y de la vida y, en última instancia, en el desprecio de Dios. El “nihilismo” niega su existencia; el fundamentalismo fanático desfigura su Rostro benevolente y misericordioso (cf. nº 8).

“Quien mata con atentados terroristas cultiva sentimientos de desprecio hacia la humanidad, manifestando desesperación ante la vida y el futuro” (Mensaje Jornada Mundial de la paz 2002,6).

Nuestra vocación cristiana nos impulsa en este día a intensificar en todas las partes del mundo el anuncio y el testimonio del evangelio de la paz.

Dios es Amor que salva. Dios es Padre amoroso que desea ver cómo sus hijos se reconocen entre ellos como hermanos. Dios es fuente inagotable de esperanza que da sentido a la vida personal y colectiva. Dios es el único que hace eficaz toda acción encaminada al bien y a la paz.

Y ese Dios se ha encarnado en el mundo por María. A Ella acudimos hoy como hijos pidiéndole que nos ayude a encontrarnos con su Hijo, Príncipe de la Paz, Autor de la Vida, Revelación del amor del Padre, Señor de la Historia, amigo y hermano nuestro, que nos conduce, por el don del Espíritu Santo, hacia el Padre, fuente inagotable de Verdad y de Amor.

Homilía en la fiesta de la EPIFANÍA DEL SEÑOR

(6 de Enero de 2006)

En este precioso relato, que acabamos de escuchar, de los magos que vienen de Oriente, siguiendo una estrella, para adorar al Rey de los judíos, el evangelista S. Mateo nos ofrece una verdadera catequesis sobre la búsqueda de Dios, el modo de encontrarlo y la sorpresa de un encuentro que cambia la vida y nos descubre que el Dios de Belén es muy diferente del “dios” que con mucha frecuencia nos fabricamos en nuestra imaginación y que no es sino la proyección imaginaria de nuestras propias fantasías.

S. León Magno comentando este texto, nos dice: *“Cuando los tres Magos fueron conducidos por el resplandor de una nueva estrella para venir a adorar a Jesús, ellos no le vieron expulsando demonios, resucitando a los muertos, dando vista a los ciegos, curando a los cojos, dando la facultad de hablar a los mudos, o en cualquier otro acto que revelara su poder divino; sino que vieron a un niño que guardaba silencio, tranquilo, confiado a los cuidados de su madre. No aparecía en Él ningún signo de su poder. Lo que apareció ante su vista fue el gran espectáculo de su humildad. Este Niño, al cual se había unido Dios, el Hijo de Dios, presentaba a sus miradas una enseñanza que mas tarde debía ser proclamada abiertamente, y lo que no profería aún el sonido de su voz el simple hecho de verle era ya una enseñanza. Toda la victoria del*

Salvador, que ha subyugado al diablo y al mundo, ha comenzado por la humildad y ha sido consumada por la humildad (...) Por eso amadísimos hermanos, la práctica de la sabiduría cristiana no consiste ni en la abundancia de palabras, ni en la habilidad para discutir, ni en el apetito de alabanza y de gloria, sino en la sincera y voluntaria humildad, que el Señor Jesucristo ha escogido y enseñado como verdadera fuerza desde el seno de su madre hasta el suplicio de la cruz (S. León Magno, Homilía VII- 37)

Los magos de Oriente representan a una humanidad que, con humildad, busca a Dios. Y Dios nunca abandona al que le busca. Todo el que busca a Dios lo encuentra. Desde el momento mismo de su nacimiento Jesús aparece como la luz que brilla en las tinieblas. Toda la liturgia de hoy, solemnidad de la Epifanía (que significa “manifestación de Dios”) habla de la luz de Cristo. La misma luz que guió a los pastores hasta el portal de Belén y que indicó el camino a los Magos hasta Belén, es la misma luz que resplandece para todos los hombres y todos los pueblos que anhelan encontrar Dios.

Cuando los magos llegaron al lugar que la estrella les había indicado. “*Entraron en la casa vieron al niño con María, y cayendo de rodillas le adoraron*”. El final de su camino fue la adoración de un recién nacido, pobre y humilde. Algo desconcertante, que nunca hubieran imaginado. Pero, a partir de ese momento, como comentaba este verano el Papa a los jóvenes en Colonia, comienza para los magos una nueva y definitiva peregrinación. El encuentro con Dios en la pequeñez y humildad de un recién nacido va a significar un cambio radical en sus vidas y un modo nuevo de entender las cosas. Ellos habían imaginado encontrar a Dios de otra manera. Eran personas inquietas. Sabían que en el mundo había mucho desorden y mucha injusticia. Estaban convencidos de que Dios existía y de que Dios es justo y bondadoso. Y, como personas realistas e inteligentes, sabían que para arreglar las cosas es necesario tener influencia y poder. Posiblemente habían oído hablar de los grandes profetas de Israel, que anunciaban la llegada de un Rey y Mesías que restablecería el orden en el mundo. Y, ellos, que eran hombres que amaban la justicia y el derecho, se habían puesto en camino para encontrar a ese gran rey, para postrarse a sus pies y ofrecerse como colaboradores suyos en la renovación del mundo. Posiblemente habrían recibido muchas críticas por iniciar un camino lleno de incertidumbres y de riesgos. Muchos dirían de ellos que eran unos utópicos e ilusos que nunca sacarían provecho de esa arriesgada aventura. Por eso, conscientes de que lo que buscan es algo que supera sus propias fuerzas, al llegar a Jerusalén, preguntan a los doctores y tratan de buscar al Mesías en el palacio del

rey. Pero no es ahí donde la estrella se detiene. Es más, en el palacio del rey se produce una gran conmoción ante la posibilidad de que alguien desconocido pusiera en peligro su poder: *“El rey Herodes se sobresaltó y todo Jerusalén con él”*. Y pronto iba a empezar la trama para acabar con aquel que, según ellos, quería hacerles sombra. Pronto iba a empezar la persecución.

Los magos van aprendiendo que Dios es muy diferente a cómo nos lo imaginamos. El poder de Dios no entra en competencia con los poderes de este mundo. *“Al poder estridente y pomposo de este mundo, Él contrapone el poder inerte del amor que en la Cruz – y después siempre en la historia – sucumbe y, sin embargo constituye la nueva realidad divina, que se opone a la injusticia e instaura el Reino de Dios”* (Colonia-2005). No terminamos de entenderlo, el poder del mundo nos fascina. Imaginamos que sólo desde el poder es posible dirigir la historia. Fácilmente sucumbimos ante los movimientos culturales o sociales o políticos que están de moda. Sin darnos cuenta nos dejamos arrastrar por la corriente de lo más fácil y de lo menos comprometido. Pero los magos, ante el niño de Belén, descubren y ¡ojalá también nosotros descubramos!, que Dios es diverso. Y para encontrarle tenemos que dejar a un lado nuestras falsas seguridades. Y que para seguirle tenemos que convertirnos. Es necesario un cambio de mentalidad. Tenemos que movernos en otro plano. Tenemos que abrirnos a la verdad. Y la verdad sólo puede ser percibida por aquellos que la buscan con un corazón libre y humilde. Por eso Dios ha querido manifestarnos su Rostro y su poder, desde Belén hasta la cruz, en la humildad, en la pobreza, en el perdón y en la misericordia. Y sólo los humildes y los pobres y los misericordiosos tendrán la dicha de encontrarse con Él, cómo el mismo Señor nos dirá más tarde en las bienaventuranzas.

Lo mismo que los magos, en esta fiesta de la Epifanía, también nosotros, adorando al niño de Belén hemos de convertirnos. Hemos de olvidar nuestras manías de grandeza, y nuestro afán de ocupar los primeros puestos. Hemos de poner el corazón no en la codicia de poder o de riquezas sino en el único tesoro capaz de llenar de felicidad nuestras vidas que es Jesucristo pobre y humilde, que nos recibe y nos invita a compartir con Él una vida entregada a los hermanos por amor. Hemos de acomodar nuestras vidas, no al modo de ser de los poderes de este mundo, sino al modo de ser de Dios, al modo divino de ejercer el poder.

Así se lo decía el Papa este verano a los jóvenes en Colonia: *“Los magos en Belén aprenden que su vida debe acomodarse a ese modo divino de ejercer el poder, a ese modo de ser de Dios mismo. Han de convertirse en hombres de*

la verdad, de la bondad, del derecho, del perdón, de la misericordia. Ya no se preguntarán ¿para qué me sirve esto? Se preguntarán más bien: ¿Cómo puedo servir a que Dios esté presente en el mundo? Tienen que aprender a perderse a sí mismos y, precisamente así, encontrarse a sí mismos.” (Colonia-2005).

La fuente de muchas angustias para el hombre de hoy viene de querer expresar la realidad, en una carrera desenfrenada y con un afán egoísta, para sacar provecho de todo, pensando sólo en él y en sus gustos y en sus caprichos y en sus deseos de ser valorado y considerado importante por los demás, y a costa de lo que sea, incluso de su salud, sin tener en cuenta al que tiene delante y cerrándose a una comunicación personal y profunda que vaya más allá de lo meramente utilitario. Piensan que en eso consiste el poder. Pero una vida así, va de frustración en frustración y deja el corazón vacío y triste. Y a la vista están los estragos que una vida así produce en la familia y en la sociedad.

El Dios de Belén que descubren los magos nos habla de una vida y de una sabiduría diferentes. Es la sabiduría de Dios que colma de bienes a los pobres y despide vacíos a los ricos. Es la sabiduría que cambia el corazón del hombre, haciéndole más humano y sensible para percibir la belleza de lo pequeño y la grandeza de lo humilde. Sólo un corazón, así transformado por Dios, es capaz de cambiar el mundo. Los magos han sido los pioneros de este cambio del mundo y los primeros misioneros de la verdad revelada en Belén... Y detrás de ellos ha venido toda una multitud de hombres y mujeres que con figurados con Cristo han sido testigos de esta sabiduría divina.

“Los magos que viene de Oriente son sólo los primeros de una larga lista de hombres y mujeres que en su vida han buscado constantemente con los ojos de la fe la estrella de Dios, que han buscado a Dios que está cerca de nosotros (...) Es la muchedumbre de los santos (...) mediante los cuales el Señor nos ha abierto el Evangelio a lo largo de la historia (...) Son la estela luminosa que Dios ha dejado en el transcurso de la historia, y sigue dejando aún (...) Han sido personas que no han buscado obstinadamente la propia felicidad, sino que han querido simplemente entregarse, porque han sido alcanzados por la luz de Cristo. De este modo ellos nos indican la vía para ser felices y nos muestran cómo se ha de conseguir ser personas verdaderamente humanas. En las vicisitudes de la historia han sido los verdaderos reformadores que tantas veces han remontado a la humanidad de los valles oscuros en los cuales está siempre en peligro de precipitarse (...) Los santos son los verdade-

ros reformadores (...) Sólo de los santos, sólo de Dios, proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo.”(Colonia-2005)

La fiesta de hoy nos anima a formar parte de esa gran muchedumbre de santos para seguir abriendo con ellos caminos al Evangelio y ser verdaderos reformadores de una cultura decadente, que quiere salvar al hombre alejándole de Dios. La fiesta de hoy nos anima a descubrir el verdadero rostro de Dios y convertirnos en estrella luminosa que conduzca a muchos hermanos nuestros a encontrarse con Cristo.

Como los magos, después de ver en Belén el Rostro de Dios, reinician una vida nueva así nosotros hemos de reiniciar constantemente, en los sacramentos y especialmente en la Eucaristía, nuestra vida para ser estrellas que lleven a Dios. Hemos de reiniciar, desde el misterio de Belén, nuestro compromiso cotidiano de santidad. Hemos de reiniciar con el poder de la gracia una vida cristiana marcada por la comunión, por la caridad y por nuestro testimonio en el mundo.

Que la Virgen María, estrella de la mañana, que preparó la venida del Señor, Luz del mundo, nos acompañe siempre en el camino de la vida e interceda por nosotros.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Vicarios parroquiales:

D. Luis Álvarez Rodríguez, de la Parroquia Cristo Liberador, en Parla, el 1 de enero de 2006.

Otros:

D. Vicente Lorenzo Sandoval, Director de la Obra Nacional y Rector del Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, del Cerro de los Ángeles, el 1 de enero de 2006.

D. Juan Manuel Rodríguez Alonso, Responsable para la Pastoral de Ferias y Circos, de la Diócesis de Getafe, el 1 de enero de 2006.

D. Yosef Emmanuel Gantir, MVD, fue ordenado diácono, por el Obispo de la Diócesis de Getafe, Mons. D. Joaquín M^a López de Andújar, en la Parroquia Virgen del Alba, en Alcorcón, el 14 de enero de 2006.

VICARÍA GENERAL

OTRAS ACTIVIDADES

DÍAS DE 2006 EN QUE EL OBISPADO DE GETAFE PERMANECERÁ CERRADO:

1 de enero. Año Nuevo.
6 de enero. La Epifanía del Señor.
19 de marzo. San José.
13 de abril. Jueves Santo.
14 de abril. Viernes Santo.
17 de abril. Lunes de Pascua.
1 de mayo. Fiesta del Trabajo.
2 de mayo. Fiesta de la Autonomía.
25 de mayo. Fiesta local. Getafe.
5 de junio. Fiesta local. Getafe.
25 de julio. Apóstol Santiago.
15 de agosto. Asunción de la Virgen.
12 de octubre. Virgen del Pilar.
1 de noviembre. Todos los Santos.
6 de diciembre. La Constitución.
8 de diciembre. La Inmaculada.
24 de diciembre. Nochebuena.
25 de diciembre. Navidad.
31 de diciembre. Nochevieja.

DELEGACIÓN DE JUVENTUD

Queridos sacerdotes y laicos responsables de la Pastoral Juvenil:

En primer lugar queremos aprovechar esta ocasión para agradeceros todo vuestro trabajo y toda vuestra dedicación para conseguir que los jóvenes de nuestra Diócesis se acerquen cada vez más al Amor de Dios y al regazo de su madre, la Iglesia. La labor que desempeñamos desde esta Delegación sería del todo infructífera si en cada una de las parroquias no se trabajara al mismo tiempo por un mismo objetivo: el Reino de Dios.

Siguiendo esta máxima, desde la Delegación hemos pensado la conveniencia de tener una imagen de la Virgen que nos acompañe en cada una de nuestras actividades -peregrinaciones, encuentros, vigiliass... - al igual que lo hace, como sabéis, la «Cruz de los jóvenes» desde el año 2000. Aquella, será también editada en estampas y adherida al reverso de dicha Cruz.

Es por ello que se ha cedido convocar un **“Concurso Diocesano para una Imagen de la Virgen de la Delegación de Juventud”**, a fin de que aquellos jóvenes más «creativos» o con un espíritu artístico «más desarrollado», tengan la posibilidad de involucrarse de lleno con este proyecto de la Delegación, de modo que, desde un principio, la nueva imagen sea sentida por los jóvenes de nuestra Diócesis como algo propio y cercano.

El tamaño de nuestra iglesia local hace imposible que podamos tener conocimiento de todos los “jóvenes artistas» con que contamos. Es ahí, donde reclamamos vuestra colaboración, en una doble vertiente:

1. Por un lado, para que animéis a estos ‘jóvenes artistas» a participar, para que **el nivel** de nuestro Concurso sea el más alto posible y consigamos que la futura imagen de la Virgen de nuestra Delegación sea la más bella posible, para honra de nuestra Madre.

2. Y, por otro, que animéis al **máximo posible de chavales** a participar en el certamen, ya que constituye una ocasión formidable para que vivan lo diocesano, para que sientan la Delegación de Juventud como algo próximo, un lugar con calor humano, no una mera institución mitad burocrática-mitad logística.

Los trabajos, que deberán ser originales y realizados por ellos, se llevarán al Obispado, o a nuestro Centro Juvenil en la Fundación «Jesús y San Martín», Sector 3, Getafe, (Metro Sur Conservatorio), hasta el día 26 de febrero de 2006. En el momento de su entrega, éstos deberán llevar un sobre con los datos del autor.

Las obras presentadas serán expuestas en la Jornada Diocesana de la Juventud, que este año se celebrará, D. m., el día 4 de marzo, en el Pabellón Polideportivo “La Cueva” de Fuenlabrada, y a la que ya os invitamos. Los dibujos que no hayan ganado serán devueltos a sus autores o, de no ser reclamados, archivados.

Un Jurado valorará los trabajos y fallará el resultado, así como los obsequios para los tres más adecuados y estará formado por el Delegado y la Subdelegada Diocesanos, el Presidente de la Comisión Juvenil Diocesana de Arte y Cultura “Ijcis”, y los dos jóvenes de Chinchón y Navalcarnero del Equipo de la Delegación nombrados Coordinadores del Concurso.

Agradeciéndoos de antemano vuestra dedicación y recordándoos la importancia de que todos los esfuerzos de Pastoral Juvenil de nuestra Diócesis caminen juntos, os encomendamos la Santísima Virgen.

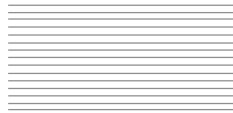
Gonzalo Pérez-Boccherini Stampa

Delegado Diocesano de Juventud

José Isidro Pérez Higuera y

Rosa Ariza Carrasco

Coordinadores del Concurso para una Imagen de la Virgen



**Carta Encíclica DEUS CARITAS EST
Sobre el amor cristiano**

INTRODUCCIÓN

1. «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la Primera carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él».

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna» (cf. 3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del

Libro del Deuteronomio que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: «Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas» (6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (19, 18; cf. Mc 12, 29- 31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un «mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro.

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás. Quedan así delineadas las dos grandes partes de esta Carta, íntimamente relacionadas entre sí. La primera tendrá un carácter más especulativo, puesto que en ella quisiera precisar —al comienzo de mi pontificado— algunos puntos esenciales sobre el amor que Dios, de manera misteriosa y gratuita, ofrece al hombre y, a la vez, la relación intrínseca de dicho amor con la realidad del amor humano. La segunda parte tendrá una índole más concreta, pues tratará de cómo cumplir de manera eclesial el mandamiento del amor al prójimo. El argumento es sumamente amplio; sin embargo, el propósito de la Encíclica no es ofrecer un tratado exhaustivo. Mi deseo es insistir sobre algunos elementos fundamentales, para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino.

PRIMERA PARTE

LA UNIDAD DEL AMOR EN LA CREACIÓN Y EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

Un problema de lenguaje

2. El amor de Dios por nosotros es una cuestión fundamental para la vida y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros. A este respecto, nos encontramos de entrada ante un problema de lenguaje. El término «amor» se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes. Aunque el

tema de esta Encíclica se concentra en la cuestión de la comprensión y la praxis del amor en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, no podemos hacer caso omiso del significado que tiene este vocablo en las diversas culturas y en el lenguaje actual.

En primer lugar, recordemos el vasto campo semántico de la palabra «amor»: se habla de amor a la patria, de amor por la profesión o el trabajo, de amor entre amigos, entre padres e hijos, entre hermanos y familiares, del amor al prójimo y del amor a Dios. Sin embargo, en toda esta multiplicidad de significados destaca, como arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor. Se plantea, entonces, la pregunta: todas estas formas de amor ¿se unifican al final, de algún modo, a pesar de la diversidad de sus manifestaciones, siendo en último término uno solo, o se trata más bien de una misma palabra que utilizamos para indicar realidades totalmente diferentes?

«Eros» y «agapé», diferencia y unidad

3. Los antiguos griegos dieron el nombre de eros al amor entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano. Digamos de antemano que el Antiguo Testamento griego usa sólo dos veces la palabra eros, mientras que el Nuevo Testamento nunca la emplea: de los tres términos griegos relativos al amor —eros, philia (amor de amistad) y agapé—, los escritos neotestamentarios prefieren este último, que en el lenguaje griego estaba dejado de lado. El amor de amistad (philia), a su vez, es aceptado y profundizado en el Evangelio de Juan para expresar la relación entre Jesús y sus discípulos. Este relegar la palabra eros, junto con la nueva concepción del amor que se expresa con la palabra agapé, denota sin duda algo esencial en la novedad del cristianismo, precisamente en su modo de entender el amor. En la crítica al cristianismo que se ha desarrollado con creciente radicalismo a partir de la Ilustración, esta novedad ha sido valorada de modo absolutamente negativo. El cristianismo, según Friedrich Nietzsche, habría dado de beber al eros un veneno, el cual, aunque no le llevó a la muerte, le hizo degenerar en vicio. [1] El filósofo alemán expresó de este modo una apreciación muy difundida: la Iglesia, con sus preceptos y prohibi-

[1] Cf. *Jenseits von Gut und Böse*, IV, 168.

ciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregustar algo de lo divino?

4. Pero, ¿es realmente así? El cristianismo, ¿ha destruido verdaderamente el eros? Recordemos el mundo precristiano. Los griegos —sin duda análogamente a otras culturas— consideraban el eros ante todo como un arrebató, una «locura divina» que prevalece sobre la razón, que arranca al hombre de la limitación de su existencia y, en este quedar estremecido por una potencia divina, le hace experimentar la dicha más alta. De este modo, todas las demás potencias entre cielo y tierra parecen de segunda importancia: «Omnia vincit amor», dice Virgilio en las *Bucólicas* —el amor todo lo vence—, y añade: «et nos cedamus amori», rindámonos también nosotros al amor. [2] En el campo de las religiones, esta actitud se ha plasmado en los cultos de la fertilidad, entre los que se encuentra la prostitución «sagrada» que se daba en muchos templos. El eros se celebraba, pues, como fuerza divina, como comunión con la divinidad.

A esta forma de religión que, como una fuerte tentación, contrasta con la fe en el único Dios, el Antiguo Testamento se opuso con máxima firmeza, combatiéndola como perversión de la religiosidad. No obstante, en modo alguno rechazó con ello el eros como tal, sino que declaró guerra a su desviación destructora, puesto que la falsa divinización del eros que se produce en esos casos lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza. En efecto, las prostitutas que en el templo debían proporcionar el arrobamiento de lo divino, no son tratadas como seres humanos y personas, sino que sirven sólo como instrumentos para suscitar la «locura divina»: en realidad, no son diosas, sino personas humanas de las que se abusa. Por eso, el eros ebrio e indisciplinado no es elevación, «éxtasis» hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. Resulta así evidente que el eros necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregustar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser.

5. En estas rápidas consideraciones sobre el concepto de eros en la historia y en la actualidad sobresalen claramente dos aspectos. Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinitud, eternidad, una

[2] X, 69.

realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni «envenenarlo», sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza.

Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza. El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: «¡Oh Alma!». Y Descartes replicó: «¡Oh Carne!». [3] Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor —el eros— puede madurar hasta su verdadera grandeza.

Hoy se reprocha a veces al cristianismo del pasado haber sido adversario de la corporeidad y, de hecho, siempre se han dado tendencias de este tipo. Pero el modo de exaltar el cuerpo que hoy constatamos resulta engañoso. El eros, degradado a puro «sexo», se convierte en mercancía, en simple «objeto» que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía. En realidad, éste no es propiamente el gran sí del hombre a su cuerpo. Por el contrario, de este modo considera el cuerpo y la sexualidad solamente como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla de modo calculador. Una parte, además, que no aprecia como ámbito de su libertad, sino como algo que, a su manera, intenta convertir en agradable e inocuo a la vez. En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano, que ya no está integrado en el conjunto de la libertad de nuestra existencia, ni es expresión viva de la totalidad de nuestro ser, sino que es relegado a lo puramente biológico. La aparente exaltación del cuerpo puede convertirse muy pronto en odio a la corporeidad. La fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetraban recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una

[3] Cf. R. Descartes, *Œuvres*, ed. V. Cousin, vol. 12, París, 1824, pp. 95ss.

nueva nobleza. Ciertamente, el eros quiere remontarnos «en éxtasis» hacia lo divino, llevarnos más allá de nosotros mismos, pero precisamente por eso necesita seguir un camino de ascesis, renuncia, purificación y recuperación.

6. ¿Cómo hemos de describir concretamente este camino de elevación y purificación? ¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? Una primera indicación importante podemos encontrarla en uno de los libros del Antiguo Testamento bien conocido por los místicos, el Cantar de los Cantares. Según la interpretación hoy predominante, las poesías contenidas en este libro son originariamente cantos de amor, escritos quizás para una fiesta nupcial israelita, en la que se debía exaltar el amor conyugal. En este contexto, es muy instructivo que a lo largo del libro se encuentren dos términos diferentes para indicar el «amor». Primero, la palabra «dodim», un plural que expresa el amor todavía inseguro, en un estadio de búsqueda indeterminada. Esta palabra es reemplazada después por el término «ahabá», que la traducción griega del Antiguo Testamento denomina, con un vocablo de fonética similar, «agapé», el cual, como hemos visto, se convirtió en la expresión característica para la concepción bíblica del amor. En oposición al amor indeterminado y aún en búsqueda, este vocablo expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca.

El desarrollo del amor hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad —sólo esta persona—, y en el sentido del «para siempre». El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es «éxtasis», pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: «El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará» (Lc 17, 33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los Evangelios (cf. Mt 10, 39; 16, 25; Mc 8, 35; Lc 9, 24; Jn 12, 25). Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz

lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante. Describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general.

7. Nuestras reflexiones sobre la esencia del amor, inicialmente bastante filosóficas, nos han llevado por su propio dinamismo hasta la fe bíblica. Al comienzo se ha planteado la cuestión de si, bajo los significados de la palabra amor, diferentes e incluso opuestos, subyace alguna unidad profunda o, por el contrario, han de permanecer separados, uno paralelo al otro. Pero, sobre todo, ha surgido la cuestión de si el mensaje sobre el amor que nos han transmitido la Biblia y la Tradición de la Iglesia tiene algo que ver con la común experiencia humana del amor, o más bien se opone a ella. A este propósito, nos hemos encontrado con las dos palabras fundamentales: eros como término para el amor «mundano» y agapé como denominación del amor fundado en la fe y plasmado por ella. Con frecuencia, ambas se contraponen, una como amor «ascendente», y como amor «descendente» la otra. Hay otras clasificaciones afines, como por ejemplo, la distinción entre amor posesivo y amor oblativo (amor concupiscentiae – amor benevolentiae), al que a veces se añade también el amor que tiende al propio provecho.

A menudo, en el debate filosófico y teológico, estas distinciones se han radicalizado hasta el punto de contraponerse entre sí: lo típicamente cristiano sería el amor descendente, oblativo, el agapé precisamente; la cultura no cristiana, por el contrario, sobre todo la griega, se caracterizaría por el amor ascendente, vehemente y posesivo, es decir, el eros. Si se llevara al extremo este antagonismo, la esencia del cristianismo quedaría desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana y constituiría un mundo del todo singular, que tal vez podría considerarse admirable, pero netamente apartado del conjunto de la vida humana. En realidad, eros y agapé —amor ascendente y amor descendente— nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general. Si bien el eros inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente —fascinación por la gran promesa de felicidad—, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará «ser para» el otro. Así, el momento del agapé se inserta en el eros inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede

dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto —como nos dice el Señor— que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf. Jn 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. Jn 19, 34).

En la narración de la escalera de Jacob, los Padres han visto simbolizada de varias maneras esta relación inseparable entre ascenso y descenso, entre el eros que busca a Dios y el agapé que transmite el don recibido. En este texto bíblico se relata cómo el patriarca Jacob, en sueños, vio una escalera apoyada en la piedra que le servía de cabezal, que llegaba hasta el cielo y por la cual subían y bajaban los ángeles de Dios (cf. Gn 28, 12; Jn 1, 51). Impresiona particularmente la interpretación que da el Papa Gregorio Magno de esta visión en su Regla pastoral. El pastor bueno, dice, debe estar anclado en la contemplación. En efecto, sólo de este modo le será posible captar las necesidades de los demás en lo más profundo de su ser, para hacerlas suyas: «per pietatis viscera in se infirmitatem caeterorum transferant». [4] En este contexto, san Gregorio menciona a san Pablo, que fue arrebatado hasta el tercer cielo, hasta los más grandes misterios de Dios y, precisamente por eso, al descender, es capaz de hacerse todo para todos (cf. 2 Co 12, 2-4; 1 Co 9, 22). También pone el ejemplo de Moisés, que entra y sale del tabernáculo, en diálogo con Dios, para poder de este modo, partiendo de Él, estar a disposición de su pueblo. «Dentro [del tabernáculo] se extasía en la contemplación, fuera [del tabernáculo] se ve apremiado por los asuntos de los afligidos: intus contemplationem rapitur, foris infirmantium negotiis urgetur». [5]

8. Hemos encontrado, pues, una primera respuesta, todavía más bien genérica, a las dos preguntas formuladas antes: en el fondo, el «amor» es una única realidad, si bien con diversas dimensiones; según los casos, una u otra puede destacar más. Pero cuando las dos dimensiones se separan completamente una de otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada del amor. También hemos visto sintéticamente que la fe bíblica no construye un mundo paralelo o contrapuesto al fenómeno humano originario del amor, sino que asume a todo el hombre, interviniendo en su búsqueda de amor para purificarla, abriéndole al mismo tiempo nuevas dimensiones. Esta novedad de la fe bíblica se manifiesta sobre todo

[4] II, 5: SCh 381, 196.

[5] *Ibíd.*, 198.

en dos puntos que merecen ser subrayados: la imagen de Dios y la imagen del hombre.

La novedad de la fe bíblica

9. Ante todo, está la nueva imagen de Dios. En las culturas que circundan el mundo de la Biblia, la imagen de dios y de los dioses, al fin y al cabo, queda poco clara y es contradictoria en sí misma. En el camino de la fe bíblica, por el contrario, resulta cada vez más claro y unívoco lo que se resume en las palabras de la oración fundamental de Israel, la Shema: «Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno» (Dt 6, 4). Existe un solo Dios, que es el Creador del cielo y de la tierra y, por tanto, también es el Dios de todos los hombres. En esta puntualización hay dos elementos singulares: que realmente todos los otros dioses no son Dios y que toda la realidad en la que vivimos se remite a Dios, es creación suya. Ciertamente, la idea de una creación existe también en otros lugares, pero sólo aquí queda absolutamente claro que no se trata de un dios cualquiera, sino que el único Dios verdadero, Él mismo, es el autor de toda la realidad; ésta proviene del poder de su Palabra creadora. Lo cual significa que estima a esta criatura, precisamente porque ha sido Él quien la ha querido, quien la ha «hecho». Y así se pone de manifiesto el segundo elemento importante: este Dios ama al hombre. La potencia divina a la cual Aristóteles, en la cumbre de la filosofía griega, trató de llegar a través de la reflexión, es ciertamente objeto de deseo y amor por parte de todo ser —como realidad amada, esta divinidad mueve el mundo [6]—, pero ella misma no necesita nada y no ama, sólo es amada. El Dios único en el que cree Israel, sin embargo, ama personalmente. Su amor, además, es un amor de predilección: entre todos los pueblos, Él escoge a Israel y lo ama, aunque con el objeto de salvar precisamente de este modo a toda la humanidad. Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como eros que, no obstante, es también totalmente agapé. [7]

Los profetas Oseas y Ezequiel, sobre todo, han descrito esta pasión de Dios por su pueblo con imágenes eróticas audaces. La relación de Dios con Israel es ilustrada con la metáfora del noviazgo y del matrimonio; por consiguiente, la idolatría es adulterio y prostitución. Con eso se alude concretamente —como hemos visto— a los ritos de la fertilidad con su abuso del eros, pero al mismo tiempo

[6] Cf. Metafísica, XII, 7.

[7] Cf. Pseudo Dionisio Areopagita, Los nombres de Dios, IV, 12-14: PG 3, 709-713, donde llama a Dios eros y agapé al mismo tiempo.

se describe la relación de fidelidad entre Israel y su Dios. La historia de amor de Dios con Israel consiste, en el fondo, en que Él le da la Torah, es decir, abre los ojos de Israel sobre la verdadera naturaleza del hombre y le indica el camino del verdadero humanismo. Esta historia consiste en que el hombre, viviendo en fidelidad al único Dios, se experimenta a sí mismo como quien es amado por Dios y descubre la alegría en la verdad y en la justicia; la alegría en Dios que se convierte en su felicidad esencial: «¿No te tengo a ti en el cielo?; y contigo, ¿qué me importa la tierra?... Para mí lo bueno es estar junto a Dios» (Sal 73 [72], 25. 28).

10. El eros de Dios para con el hombre, como hemos dicho, es a la vez agapé. No sólo porque se da del todo gratuitamente, sin ningún mérito anterior, sino también porque es amor que perdona. Oseas, de modo particular, nos muestra la dimensión del agapé en el amor de Dios por el hombre, que va mucho más allá de la gratuidad. Israel ha cometido «adulterio», ha roto la Alianza; Dios debería juzgarlo y repudiarlo. Pero precisamente en esto se revela que Dios es Dios y no hombre: «¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel?... Se me revuelve el corazón, se me conmueven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím; que yo soy Dios y no hombre, santo en medio de ti» (Os 11, 8-9). El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia. El cristiano ve perfilarse ya en esto, veladamente, el misterio de la Cruz: Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor.

El aspecto filosófico e histórico-religioso que se ha de subrayar en esta visión de la Biblia es que, por un lado, nos encontramos ante una imagen estrictamente metafísica de Dios: Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas —el Logos, la razón primordial— es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor. Así, el eros es sumamente ennoblecido, pero también tan purificado que se funde con el agapé. Por eso podemos comprender que la recepción del Cantar de los Cantares en el canon de la Sagrada Escritura se haya justificado muy pronto, porque el sentido de sus cantos de amor describen en el fondo la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios. De este modo, tanto en la literatura cristiana como en la judía, el Cantar de los Cantares se ha convertido en una fuente de conocimiento y de experiencia mística, en la cual se expresa la esencia de la fe bíblica: se da ciertamente una unificación del hombre con Dios —sueño originario del hombre—, pero esta unifi-

cación no es un fundirse juntos, un hundirse en el océano anónimo del Divino; es una unidad que crea amor, en la que ambos —Dios y el hombre— siguen siendo ellos mismos y, sin embargo, se convierten en una sola cosa: «El que se une al Señor, es un espíritu con él», dice san Pablo (1 Co 6, 17).

11. La primera novedad de la fe bíblica, como hemos visto, consiste en la imagen de Dios; la segunda, relacionada esencialmente con ella, la encontramos en la imagen del hombre. La narración bíblica de la creación habla de la soledad del primer hombre, Adán, al cual Dios quiere darle una ayuda. Ninguna de las otras criaturas puede ser esa ayuda que el hombre necesita, por más que él haya dado nombre a todas las bestias salvajes y a todos los pájaros, incorporándolos así a su entorno vital. Entonces Dios, de una costilla del hombre, forma a la mujer. Ahora Adán encuentra la ayuda que precisa: «¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!» (Gn 2, 23). En el trasfondo de esta narración se pueden considerar concepciones como la que aparece también, por ejemplo, en el mito relatado por Platón, según el cual el hombre era originariamente esférico, porque era completo en sí mismo y autosuficiente. Pero, en castigo por su soberbia, fue dividido en dos por Zeus, de manera que ahora anhela siempre su otra mitad y está en camino hacia ella para recobrar su integridad. [8] En la narración bíblica no se habla de castigo; pero sí aparece la idea de que el hombre es de algún modo incompleto, constitutivamente en camino para encontrar en el otro la parte complementaria para su integridad, es decir, la idea de que sólo en la comunión con el otro sexo puede considerarse «completo». Así, pues, el pasaje bíblico concluye con una profecía sobre Adán: «Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (Gn 2, 24).

En esta profecía hay dos aspectos importantes: el eros está como enraizado en la naturaleza misma del hombre; Adán se pone a buscar y «abandona a su padre y a su madre» para unirse a su mujer; sólo ambos conjuntamente representan a la humanidad completa, se convierten en «una sola carne». No menor importancia reviste el segundo aspecto: en una perspectiva fundada en la creación, el eros orienta al hombre hacia el matrimonio, un vínculo marcado por su carácter único y definitivo; así, y sólo así, se realiza su destino íntimo. A la imagen del Dios monoteísta corresponde el matrimonio monógamo. El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano. Esta

[8] Cf. El Banquete, XIV-XV, 189c-192d.

estrecha relación entre eros y matrimonio que presenta la Biblia no tiene prácticamente paralelo alguno en la literatura fuera de ella.

Jesucristo, el amor de Dios encarnado

12. Aunque hasta ahora hemos hablado principalmente del Antiguo Testamento, ya se ha dejado entrever la íntima compenetración de los dos Testamentos como única Escritura de la fe cristiana. La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito. Tampoco en el Antiguo Testamento la novedad bíblica consiste simplemente en nociones abstractas, sino en la actuación imprevisible y, en cierto sentido inaudita, de Dios. Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la «oveja perdida», la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: «Dios es amor» (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.

13. Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (cf. Jn 6, 31-33). Si el mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre —aquello por lo que el hombre vive— era el Logos, la sabiduría eterna, ahora este Logos se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre. La «mística» del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene otra dimensión de

gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar.

14. Pero ahora se ha de prestar atención a otro aspecto: la «mística» del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: «El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan», dice san Pablo (1 Co 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos «un cuerpo», aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el agapé se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el agapé de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor. El paso desde la Ley y los Profetas al doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el hacer derivar de este precepto toda la existencia de fe, no es simplemente moral, que podría darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y ethos se compenetrarían recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el agapé de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el «culto» mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa —como hemos de considerar más detalladamente aún—, el «mandamiento» del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser «mandado» porque antes es dado.

15. Las grandes parábolas de Jesús han de entenderse también a partir de este principio. El rico epulón (cf. Lc 16, 19-31) suplica desde el lugar de los condenados que se advierta a sus hermanos de lo que sucede a quien ha ignorado frívolamente al pobre necesitado. Jesús, por decirlo así, acoge este grito de ayuda y se hace eco de él para ponernos en guardia, para hacernos volver al recto camino. La parábola del buen Samaritano (cf. Lc 10, 25-37) nos lleva sobre todo a dos aclaraciones importantes. Mientras el concepto de «prójimo» hasta entonces se refería esencialmente a los conciudadanos y a los extranjeros que se establecían en la tierra

de Israel, y por tanto a la comunidad compacta de un país o de un pueblo, ahora este límite desaparece. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto. Aunque se extienda a todos los hombres, el amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta, poco exigente en sí misma, sino que requiere mi compromiso práctico aquí y ahora. La Iglesia tiene siempre el deber de interpretar cada vez esta relación entre lejanía y proximidad, con vistas a la vida práctica de sus miembros. En fin, se ha de recordar de modo particular la gran parábola del Juicio final (cf. Mt 25, 31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. Jesús se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios.

Amor a Dios y amor al prójimo

16. Después de haber reflexionado sobre la esencia del amor y su significado en la fe bíblica, queda aún una doble cuestión sobre cómo podemos vivirlo: ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor? En estas preguntas se manifiestan dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad. La Escritura parece respaldar la primera objeción cuando afirma: «Si alguno dice: “amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4, 20). Pero este texto en modo alguno excluye el amor a Dios, como si fuera un imposible; por el contrario, en todo el contexto de la Primera carta de Juan apenas citada, el amor a Dios es exigido explícitamente. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. El versículo de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios.

17. En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro

alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada Carta de Juan (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues «Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este «antes» de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el eros llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por «concluido» y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idem velle, idem nolle*, [9] querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre

[9] Salustio, *De coniuratione Catilinae*, XX, 4.

Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. [10] Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. Sal 73 [72], 23-28).

18. De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la Primera carta de Juan. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo «piadoso» y cumplir con mis «deberes religiosos», se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación «correcta», pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. Los Santos —pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta— han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un «mandamiento» externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia

[10] Cf. San Agustín, Confesiones, III, 6, 11: CCL 27, 32.

naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es «divino» porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea «todo para todos» (cf. 1 Co 15, 28).

SEGUNDA PARTE

CARITAS, EL EJERCICIO DEL AMOR POR PARTE DE LA IGLESIA COMO «COMUNIDAD DE AMOR»

La caridad de la Iglesia como manifestación del amor trinitario

19. «Ves la Trinidad si ves el amor», escribió san Agustín. [11] En las reflexiones precedentes hemos podido fijar nuestra mirada sobre el Traspasado (cf. Jn 19, 37; Za 12, 10), reconociendo el designio del Padre que, movido por el amor (cf. Jn 3, 16), ha enviado el Hijo unigénito al mundo para redimir al hombre. Al morir en la cruz —como narra el evangelista—, Jesús «entregó el espíritu» (cf. Jn 19, 30), preludio del don del Espíritu Santo que otorgaría después de su resurrección (cf. Jn 20, 22). Se cumpliría así la promesa de los «torrentes de agua viva» que, por la efusión del Espíritu, manarían de las entrañas de los creyentes (cf. Jn 7, 38-39). En efecto, el Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (cf. Jn 13, 1-13) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (cf. Jn 13, 1; 15, 13).

El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia. Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres. Es

[11] De Trinitate, VIII, 8, 12: CCL 50, 287.

este aspecto, este servicio de la caridad, al que deseo referirme en esta parte de la Encíclica.

La caridad como tarea de la Iglesia

20. El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado. La Iglesia ha sido consciente de que esta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos: «Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2, 44-45). Lucas nos relata esto relacionándolo con una especie de definición de la Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos enumera la adhesión a la «enseñanza de los Apóstoles», a la «comunión» (koinonia), a la «fracción del pan» y a la «oración» (cf. Hch 2, 42). La «comunión» (koinonia), mencionada inicialmente sin especificar, se concreta después en los versículos antes citados: consiste precisamente en que los creyentes tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres (cf. también Hch 4, 32-37). A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa.

21. Un paso decisivo en la difícil búsqueda de soluciones para realizar este principio eclesial fundamental se puede ver en la elección de los siete varones, que fue el principio del ministerio diaconal (cf. Hch 6, 5-6). En efecto, en la Iglesia de los primeros momentos, se había producido una disparidad en el suministro cotidiano a las viudas entre la parte de lengua hebrea y la de lengua griega. Los Apóstoles, a los que estaba encomendado sobre todo «la oración» (Eucaristía y Liturgia) y el «servicio de la Palabra», se sintieron excesivamente cargados con el «servicio de la mesa»; decidieron, pues, reservar para sí su oficio principal y crear para el otro, también necesario en la Iglesia, un grupo de siete personas. Pero este grupo tampoco debía limitarse a un servicio meramente técnico de distribución: debían ser hombres «llenos de Espíritu y de sabiduría» (cf. Hch 6, 1-6). Lo cual significa que el servicio social que desempeñaban era absolutamente concreto, pero sin duda también espiritual al mismo tiempo; por tanto, era un verdadero oficio espiritual el suyo,

que realizaba un cometido esencial de la Iglesia, precisamente el del amor bien ordenado al prójimo. Con la formación de este grupo de los Siete, la «diaconía» —el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico— quedaba ya instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma.

22. Con el paso de los años y la difusión progresiva de la Iglesia, el ejercicio de la caridad se confirmó como uno de sus ámbitos esenciales, junto con la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra: practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio. La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra. Para demostrarlo, basten algunas referencias. El mártir Justino († ca. 155), en el contexto de la celebración dominical de los cristianos, describe también su actividad caritativa, unida con la Eucaristía misma. Los que poseen, según sus posibilidades y cada uno cuanto quiere, entregan sus ofrendas al Obispo; éste, con lo recibido, sustenta a los huérfanos, a las viudas y a los que se encuentran en necesidad por enfermedad u otros motivos, así como también a los presos y forasteros. [12] El gran escritor cristiano Tertuliano († después de 220), cuenta cómo la solicitud de los cristianos por los necesitados de cualquier tipo suscitaba el asombro de los paganos. [13] Y cuando Ignacio de Antioquía († ca. 117) llamaba a la Iglesia de Roma como la que «preside en la caridad (agapé)», [14] se puede pensar que con esta definición quería expresar de algún modo también la actividad caritativa concreta.

23. En este contexto, puede ser útil una referencia a las primitivas estructuras jurídicas del servicio de la caridad en la Iglesia. Hacia la mitad del siglo IV, se va formando en Egipto la llamada «diaconía»; es la estructura que en cada monasterio tenía la responsabilidad sobre el conjunto de las actividades asistenciales, el servicio de la caridad precisamente. A partir de esto, se desarrolla en Egipto hasta el siglo VI una corporación con plena capacidad jurídica, a la que las autoridades civiles confían incluso una cantidad de grano para su distribución pública. No sólo cada monasterio, sino también cada diócesis llegó a tener su diaconía, una institución que se desarrolla sucesivamente, tanto en Oriente como en Occidente. El Papa Gregorio Magno († 604) habla de la diaconía de Nápoles; por lo que se refiere a Roma, las diaconías están documentadas a partir del siglo VII y VIII; pero, naturalmente, ya

[12] Cf. I Apologia, 67: PG 6, 429.

[13] Cf. Apologeticum 39, 7: PL 1, 468.

[14] Ep. ad Rom., Inscr.: PG 5, 801.

antes, desde los comienzos, la actividad asistencial a los pobres y necesitados, según los principios de la vida cristiana expuestos en los Hechos de los Apóstoles, era parte esencial en la Iglesia de Roma. Esta función se manifiesta vigorosamente en la figura del diácono Lorenzo († 258). La descripción dramática de su martirio fue conocida ya por san Ambrosio († 397) y, en lo esencial, nos muestra seguramente la auténtica figura de este Santo. A él, como responsable de la asistencia a los pobres de Roma, tras ser apresados sus compañeros y el Papa, se le concedió un cierto tiempo para recoger los tesoros de la Iglesia y entregarlos a las autoridades. Lorenzo distribuyó el dinero disponible a los pobres y luego presentó a éstos a las autoridades como el verdadero tesoro de la Iglesia. [15] Cualquiera que sea la fiabilidad histórica de tales detalles, Lorenzo ha quedado en la memoria de la Iglesia como un gran exponente de la caridad eclesial.

24. Una alusión a la figura del emperador Juliano el Apóstata († 363) puede ilustrar una vez más lo esencial que era para la Iglesia de los primeros siglos la caridad ejercida y organizada. A los seis años, Juliano asistió al asesinato de su padre, de su hermano y de otros parientes a manos de los guardias del palacio imperial; él imputó esta brutalidad —con razón o sin ella— al emperador Constancio, que se tenía por un gran cristiano. Por eso, para él la fe cristiana quedó desacreditada definitivamente. Una vez emperador, decidió restaurar el paganismo, la antigua religión romana, pero también reformarlo, de manera que fuera realmente la fuerza impulsora del imperio. En esta perspectiva, se inspiró ampliamente en el cristianismo. Estableció una jerarquía de metropolitans y sacerdotes. Los sacerdotes debían promover el amor a Dios y al prójimo. Escribía en una de sus cartas [16] que el único aspecto que le impresionaba del cristianismo era la actividad caritativa de la Iglesia. Así pues, un punto determinante para su nuevo paganismo fue dotar a la nueva religión de un sistema paralelo al de la caridad de la Iglesia. Los «Galileos» —así los llamaba— habían logrado con ello su popularidad. Se les debía emular y superar. De este modo, el emperador confirmaba, pues, cómo la caridad era una característica determinante de la comunidad cristiana, de la Iglesia.

25. Llegados a este punto, tomamos de nuestras reflexiones dos datos esenciales:

a) La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia)

[15] Cf. San Ambrosio, *De officiis ministrorum*, II, 28, 140: PL 16, 141.

[16] Cf. Ep. 83: J. Bidez, *L'Empereur Julien. Œuvres complètes*, París 19602, I, 2a, p. 145.

y servicio de la caridad (diakonia). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia. [17]

b) La Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. Pero, al mismo tiempo, la caritas-agapé supera los confines de la Iglesia; la parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado «casualmente» (cf. Lc 10, 31), quienquiera que sea. No obstante, quedando a salvo la universalidad del amor, también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad. En este sentido, siguen teniendo valor las palabras de la Carta a los Gálatas: «Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe» (6, 10)

Justicia y caridad

26. Desde el siglo XIX se ha planteado una objeción contra la actividad caritativa de la Iglesia, desarrollada después con insistencia sobre todo por el pensamiento marxista. Los pobres, se dice, no necesitan obras de caridad, sino de justicia. Las obras de caridad —la limosna— serían en realidad un modo para que los ricos eludan la instauración de la justicia y acallen su conciencia, conservando su propia posición social y despojando a los pobres de sus derechos. En vez de contribuir con obras aisladas de caridad a mantener las condiciones existentes, haría falta crear un orden justo, en el que todos reciban su parte de los bienes del mundo y, por lo tanto, no necesiten ya las obras de caridad. Se debe reconocer que en esta argumentación hay algo de verdad, pero también bastantes errores. Es cierto que una norma fundamental del Estado debe ser perseguir la justicia y que el objetivo de un orden social justo es garantizar a cada uno, respetando el principio de subsidiaridad, su parte de los bienes comunes. Eso es lo que ha subrayado también la doctrina cristiana sobre el Estado y la doctrina social de la Iglesia. La cuestión del orden justo de la colectividad, desde un punto de vista histórico, ha entrado en una nueva fase con la formación de la sociedad industrial en el siglo XIX. El surgir de la

[17] Cf. Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos *Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 194: Ciudad del Vaticano, 2004, 210-211.

industria moderna ha desbaratado las viejas estructuras sociales y, con la masa de los asalariados, ha provocado un cambio radical en la configuración de la sociedad, en la cual la relación entre el capital y el trabajo se ha convertido en la cuestión decisiva, una cuestión que, en estos términos, era desconocida hasta entonces. Desde ese momento, los medios de producción y el capital eran el nuevo poder que, estando en manos de pocos, comportaba para las masas obreras una privación de derechos contra la cual había que rebelarse.

27. Se debe admitir que los representantes de la Iglesia percibieron sólo lentamente que el problema de la estructura justa de la sociedad se planteaba de un modo nuevo. No faltaron pioneros: uno de ellos, por ejemplo, fue el Obispo Ketteler de Maguncia († 1877). Para hacer frente a las necesidades concretas surgieron también círculos, asociaciones, uniones, federaciones y, sobre todo, nuevas Congregaciones religiosas, que en el siglo XIX se dedicaron a combatir la pobreza, las enfermedades y las situaciones de carencia en el campo educativo. En 1891, se interesó también el magisterio pontificio con la Encíclica *Rerum novarum* de León XIII. Siguió con la Encíclica de Pío XI *Quadragesimo anno*, en 1931. En 1961, el beato Papa Juan XXIII publicó la Encíclica *Mater et Magistra*, mientras que Pablo VI, en la Encíclica *Populorum progressio* (1967) y en la Carta apostólica *Octogesima adveniens* (1971), afrontó con insistencia la problemática social que, entre tanto, se había agudizado sobre todo en Latinoamérica. Mi gran predecesor Juan Pablo II nos ha dejado una trilogía de Encíclicas sociales: *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991). Así pues, cotejando situaciones y problemas nuevos cada vez, se ha ido desarrollando una doctrina social católica, que en 2004 ha sido presentada de modo orgánico en el Compendio de la doctrina social de la Iglesia, redactado por el Consejo Pontificio *Iustitia et Pax*. El marxismo había presentado la revolución mundial y su preparación como la panacea para los problemas sociales: mediante la revolución y la consiguiente colectivización de los medios de producción —se afirmaba en dicha doctrina— todo iría repentinamente de modo diferente y mejor. Este sueño se ha desvanecido. En la difícil situación en la que nos encontramos hoy, a causa también de la globalización de la economía, la doctrina social de la Iglesia se ha convertido en una indicación fundamental, que propone orientaciones válidas mucho más allá de sus confines: estas orientaciones —ante el avance del progreso— se han de afrontar en diálogo con todos los que se preocupan seriamente por el hombre y su mundo.

28. Para definir con más precisión la relación entre el compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad, hay que tener en cuenta dos situaciones de hecho:

a) El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política. Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones, dijo una vez Agustín: «*Remota itaque iustitia quid sunt regna nisi magna latrocinia?*». [18] Es propio de la estructura fundamental del cristianismo la distinción entre lo que es del César y lo que es de Dios (cf. Mt 22, 21), esto es, entre Estado e Iglesia o, como dice el Concilio Vaticano II, el reconocimiento de la autonomía de las realidades temporales. [19] El Estado no puede imponer la religión, pero tiene que garantizar su libertad y la paz entre los seguidores de las diversas religiones; la Iglesia, como expresión social de la fe cristiana, por su parte, tiene su independencia y vive su forma comunitaria basada en la fe, que el Estado debe respetar. Son dos esferas distintas, pero siempre en relación recíproca.

La justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política. La política es más que una simple técnica para determinar los ordenamientos públicos: su origen y su meta están precisamente en la justicia, y ésta es de naturaleza ética. Así, pues, el Estado se encuentra inevitablemente de hecho ante la cuestión de cómo realizar la justicia aquí y ahora. Pero esta pregunta presupone otra más radical: ¿qué es la justicia? Éste es un problema que concierne a la razón práctica; pero para llevar a cabo rectamente su función, la razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente.

En este punto, política y fe se encuentran. Sin duda, la naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo, un encuentro que nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón. Pero, al mismo tiempo, es una fuerza purificadora para la razón misma. Al partir de la perspectiva de Dios, la libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma. La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio. En este punto se sitúa la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica.

[18] De Civitate Dei, IV, 4: CCL 47, 102.

[19] Cf. Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 36.

La doctrina social de la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano. Y sabe que no es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina: quiere servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales. Esto significa que la construcción de un orden social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación. Tratándose de un quehacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia. Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables.

La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien.

b) El amor —caritas— siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo. [20] El Estado que quiere proveer a todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido —cualquier ser humano— necesita: una entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el prin-

[20] Cf. Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos *Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 197: Ciudad del Vaticano, 2004, 213-214.

cipio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, un ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive «sólo de pan» (Mt 4, 4; cf. Dt 8, 3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano.

29. De este modo podemos ahora determinar con mayor precisión la relación que existe en la vida de la Iglesia entre el empeño por el orden justo del Estado y la sociedad, por un lado y, por otro, la actividad caritativa organizada. Ya se ha dicho que el establecimiento de estructuras justas no es un cometido inmediato de la Iglesia, sino que pertenece a la esfera de la política, es decir, de la razón autoresponsable. En esto, la tarea de la Iglesia es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni éstas pueden ser operativas a largo plazo.

El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la «multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común». [21] La misión de los fieles es, por tanto, configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad. [22] Aunque las manifestaciones de la caridad eclesial nunca pueden confundirse con la actividad del Estado, sigue siendo verdad que la caridad debe animar toda la existencia de los fieles laicos y, por tanto, su actividad política, vivida como «caridad social». [23]

[21] Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 42: AAS 81 (1989), 472.

[22] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida pública (24 noviembre 2003), 1: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (24 enero 2004), 6.

[23] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1939.

Las organizaciones caritativas de la Iglesia, sin embargo, son un *opus proprium* suyo, un cometido que le es congenial, en el que ella no coopera colateralmente, sino que actúa como sujeto directamente responsable, haciendo algo que corresponde a su naturaleza. La Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad como actividad organizada de los creyentes y, por otro lado, nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor.

Las múltiples estructuras de servicio caritativo en el contexto social actual

30. Antes de intentar definir el perfil específico de la actividad eclesial al servicio del hombre, quisiera considerar ahora la situación general del compromiso por la justicia y el amor en el mundo actual.

a) Los medios de comunicación de masas han como empequeñecido hoy nuestro planeta, acercando rápidamente a hombres y culturas muy diferentes. Si bien este «estar juntos» suscita a veces incomprensiones y tensiones, el hecho de que ahora se conozcan de manera mucho más inmediata las necesidades de los hombres es también una llamada sobre todo a compartir situaciones y dificultades. Vemos cada día lo mucho que se sufre en el mundo a causa de tantas formas de miseria material o espiritual, no obstante los grandes progresos en el campo de la ciencia y de la técnica. Así pues, el momento actual requiere una nueva disponibilidad para socorrer al prójimo necesitado. El Concilio Vaticano II lo ha subrayado con palabras muy claras: «Al ser más rápidos los medios de comunicación, se ha acortado en cierto modo la distancia entre los hombres y todos los habitantes del mundo [...]. La acción caritativa puede y debe abarcar hoy a todos los hombres y todas sus necesidades». [24]

Por otra parte —y éste es un aspecto provocativo y a la vez estimulante del proceso de globalización—, ahora se puede contar con innumerables medios para prestar ayuda humanitaria a los hermanos y hermanas necesitados, como son los modernos sistemas para la distribución de comida y ropa, así como también para ofrecer alojamiento y acogida. La solicitud por el prójimo, pues, superando los confines de las comunidades nacionales, tiende a extender su horizonte al mundo entero. El Concilio Vaticano II ha hecho notar oportunamente que «entre los signos de nuestro tiempo es digno de mención especial el creciente e inexcusable sentido

[24] Decr. *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos, 8.

de solidaridad entre todos los pueblos». [25] Los organismos del Estado y las asociaciones humanitarias favorecen iniciativas orientadas a este fin, generalmente mediante subsidios o desgravaciones fiscales en un caso, o poniendo a disposición considerables recursos, en otro. De este modo, la solidaridad expresada por la sociedad civil supera de manera notable a la realizada por las personas individualmente.

b) En esta situación han surgido numerosas formas nuevas de colaboración entre entidades estatales y eclesiales, que se han demostrado fructíferas. Las entidades eclesiales, con la transparencia en su gestión y la fidelidad al deber de testimoniar el amor, podrán animar cristianamente también a las instituciones civiles, favoreciendo una coordinación mutua que seguramente ayudará a la eficacia del servicio caritativo. [26] También se han formado en este contexto múltiples organizaciones con objetivos caritativos o filantrópicos, que se esfuerzan por lograr soluciones satisfactorias desde el punto de vista humanitario a los problemas sociales y políticos existentes. Un fenómeno importante de nuestro tiempo es el nacimiento y difusión de muchas formas de voluntariado que se hacen cargo de múltiples servicios. [27] A este propósito, quisiera dirigir una palabra especial de aprecio y gratitud a todos los que participan de diversos modos en estas actividades. Esta labor tan difundida es una escuela de vida para los jóvenes, que educa a la solidaridad y a estar disponibles para dar no sólo algo, sino a sí mismos. De este modo, frente a la anti-cultura de la muerte, que se manifiesta por ejemplo en la droga, se contraponen el amor, que no se busca a sí mismo, sino que, precisamente en la disponibilidad a «perderse a sí mismo» (cf. Lc 17, 33 y par.) en favor del otro, se manifiesta como cultura de la vida.

También en la Iglesia católica y en otras Iglesias y Comunidades eclesiales han aparecido nuevas formas de actividad caritativa y otras antiguas han resurgido con renovado impulso. Son formas en las que frecuentemente se logra establecer un acertado nexo entre evangelización y obras de caridad. Deseo corroborar aquí expresamente lo que mi gran predecesor Juan Pablo II dijo en su Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, [28] cuando declaró la disponibilidad de la Iglesia católica a colaborar

[25] *Ibíd.*, 14.

[26] Cf. Congregación para los Obispos, *Directorio para el ministerio pastoral de los obispos Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 195: Ciudad del Vaticano, 2004, 212.

[27] Cf. Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 41: AAS 81 (1989), 470-472.

[28] Cf. n. 32: AAS 80 (1988), 556.

con las organizaciones caritativas de estas Iglesias y Comunidades, puesto que todos nos movemos por la misma motivación fundamental y tenemos los ojos puestos en el mismo objetivo: un verdadero humanismo, que reconoce en el hombre la imagen de Dios y quiere ayudarlo a realizar una vida conforme a esta dignidad. La Encíclica *Ut unum sint* destacó después, una vez más, que para un mejor desarrollo del mundo es necesaria la voz común de los cristianos, su compromiso «para que triunfe el respeto de los derechos y de las necesidades de todos, especialmente de los pobres, los marginados y los indefensos». [29] Quisiera expresar mi alegría por el hecho de que este deseo haya encontrado amplio eco en numerosas iniciativas en todo el mundo.

El perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia

31. En el fondo, el aumento de organizaciones diversificadas que trabajan en favor del hombre en sus diversas necesidades, se explica por el hecho de que el imperativo del amor al prójimo ha sido grabado por el Creador en la naturaleza misma del hombre. Pero es también un efecto de la presencia del cristianismo en el mundo, que reaviva continuamente y hace eficaz este imperativo, a menudo tan empañado a lo largo de la historia. La mencionada reforma del paganismo intentada por el emperador Juliano el Apóstata, es sólo un testimonio inicial de dicha eficacia. En este sentido, la fuerza del cristianismo se extiende mucho más allá de las fronteras de la fe cristiana. Por tanto, es muy importante que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose simplemente en una de sus variantes. Pero, ¿cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial?

a) Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Las organizaciones caritativas de la Iglesia, comenzando por Cáritas (diocesana, nacional, internacional), han de hacer lo posible para poner a disposición los medios necesarios y, sobre todo, los hombres y mujeres que desempeñan estos cometidos. Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo

[29] N. 43: AAS 87 (1995), 946.

do el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una «formación del corazón»: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5, 6).

b) La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita. Los tiempos modernos, sobre todo desde el siglo XIX, están dominados por una filosofía del progreso con diversas variantes, cuya forma más radical es el marxismo. Una parte de la estrategia marxista es la teoría del empobrecimiento: quien en una situación de poder injusto ayuda al hombre con iniciativas de caridad —afirma— se pone de hecho al servicio de ese sistema injusto, haciéndolo aparecer soportable, al menos hasta cierto punto. Se frena así el potencial revolucionario y, por tanto, se paraliza la insurrección hacia un mundo mejor. De aquí el rechazo y el ataque a la caridad como un sistema conservador del statu quo. En realidad, ésta es una filosofía inhumana. El hombre que vive en el presente es sacrificado al Moloc del futuro, un futuro cuya efectiva realización resulta por lo menos dudosa. La verdad es que no se puede promover la humanización del mundo renunciando, por el momento, a comportarse de manera humana. A un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido. El programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un «corazón que ve». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares.

c) Además, la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. [30] Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuando es tiempo de hablar de Dios y cuando es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y, sabe —volviendo a las preguntas de antes— que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor. Las organizaciones caritativas de la Iglesia tienen el cometido de reforzar esta conciencia en sus propios miembros, de modo que a través de su actuación —así como por su hablar, su silencio, su ejemplo— sean testigos creíbles de Cristo.

Los responsables de la acción caritativa de la Iglesia

32. Finalmente, debemos dirigir nuestra atención a los responsables de la acción caritativa de la Iglesia ya mencionados. En las reflexiones precedentes se ha visto claro que el verdadero sujeto de las diversas organizaciones católicas que desempeñan un servicio de caridad es la Iglesia misma, y eso a todos los niveles, empezando por las parroquias, a través de las Iglesias particulares, hasta llegar a la Iglesia universal. Por esto fue muy oportuno que mi venerado predecesor Pablo VI instituyera el Consejo Pontificio *Cor unum* como organismo de la Santa Sede responsable para la orientación y coordinación entre las organizaciones y las actividades caritativas promovidas por la Iglesia católica. Además, es propio de la estructura episcopal de la Iglesia que los obispos, como sucesores de los Apóstoles, tengan en las Iglesias particulares la primera responsabilidad de cumplir, también hoy, el programa expuesto en los Hechos de los Apóstoles (cf. 2, 42-44): la Iglesia, como familia de Dios, debe ser, hoy como ayer, un lugar de ayuda recíproca y al mismo tiempo de disponibilidad para servir también a cuantos fuera de ella necesitan ayuda. Durante el rito de la ordenación episcopal, el acto de consagración

[30] Cf. Congregación para los Obispos, *Directorio para el ministerio pastoral de los obispos Apostolorum Successores* (22 febrero 2004), 196: Ciudad del Vaticano, 2004, 213.

propriadamente dicho está precedido por algunas preguntas al candidato, en las que se expresan los elementos esenciales de su oficio y se le recuerdan los deberes de su futuro ministerio. En este contexto, el ordenando promete expresamente que será, en nombre del Señor, acogedor y misericordioso para con los más pobres y necesitados de consuelo y ayuda. [31] El Código de Derecho Canónico, en los cánones relativos al ministerio episcopal, no habla expresamente de la caridad como un ámbito específico de la actividad episcopal, sino sólo, de modo general, del deber del Obispo de coordinar las diversas obras de apostolado respetando su propia índole. [32] Recientemente, no obstante, el Directorio para el ministerio pastoral de los obispos ha profundizado más concretamente el deber de la caridad como cometido intrínseco de toda la Iglesia y del Obispo en su diócesis, [33] y ha subrayado que el ejercicio de la caridad es una actividad de la Iglesia como tal y que forma parte esencial de su misión originaria, al igual que el servicio de la Palabra y los Sacramentos. [34]

33. Por lo que se refiere a los colaboradores que desempeñan en la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia, ya se ha dicho lo esencial: no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cf. Ga 5, 6). Han de ser, pues, personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo. El criterio inspirador de su actuación debería ser lo que se dice en la Segunda carta a los Corintios: «Nos apremia el amor de Cristo» (5, 14). La conciencia de que, en Él, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para Él y, con Él, para los demás. Quien ama a Cristo ama a la Iglesia y quiere que ésta sea cada vez más expresión e instrumento del amor que proviene de Él. El colaborador de toda organización caritativa católica quiere trabajar con la Iglesia y, por tanto, con el Obispo, con el fin de que el amor de Dios se difunda en el mundo. Por su participación en el servicio de amor de la Iglesia, desea ser testigo de Dios y de Cristo y, precisamente por eso, hacer el bien a los hombres gratuitamente.

34. La apertura interior a la dimensión católica de la Iglesia ha de predisponer al colaborador a sintonizar con las otras organizaciones en el servicio a las

[31] Cf. Pontificale Romanum, De ordinatione episcopi, 43.

[32] Cf. can. 394; Código de los Cánones de las Iglesias Orientales, can. 203.

[33] Cf. nn. 193-198: pp. 209-215.

[34] Cf. ibíd., 194: p. 210.

diversas formas de necesidad; pero esto debe hacerse respetando la fisonomía específica del servicio que Cristo pidió a sus discípulos. En su himno a la caridad (cf. 1 Co 13), san Pablo nos enseña que ésta es siempre algo más que una simple actividad: «Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve» (v. 3). Este himno debe ser la Carta Magna de todo el servicio eclesial; en él se resumen todas las reflexiones que he expuesto sobre el amor a lo largo de esta Carta encíclica. La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo. La íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte así en un darme a mí mismo: para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona.

35. Éste es un modo de servir que hace humilde al que sirve. No adopta una posición de superioridad ante el otro, por miserable que sea momentáneamente su situación. Cristo ocupó el último puesto en el mundo —la cruz—, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente. Quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Esto es gracia. Cuanto más se esfuerza uno por los demás, mejor comprenderá y hará suya la palabra de Cristo: «Somos unos pobres siervos» (Lc 17,10). En efecto, reconoce que no actúa fundándose en una superioridad o mayor capacidad personal, sino porque el Señor le concede este don. A veces, el exceso de necesidades y lo limitado de sus propias actuaciones le harán sentir la tentación del desaliento. Pero, precisamente entonces, le aliviará saber que, en definitiva, él no es más que un instrumento en manos del Señor; se liberará así de la presunción de tener que mejorar el mundo —algo siempre necesario— en primera persona y por sí solo. Hará con humildad lo que le es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros. Nosotros le ofrecemos nuestro servicio sólo en lo que podemos y hasta que Él nos dé fuerzas. Sin embargo, hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo: «Nos apremia el amor de Cristo» (2 Co 5, 14).

36. La experiencia de la inmensa necesidad puede, por un lado, inclinarnos hacia la ideología que pretende realizar ahora lo que, según parece, no consigue el gobierno de Dios sobre el mundo: la solución universal de todos los problemas. Por otro, puede convertirse en una tentación a la inercia ante la impresión de que, en

cualquier caso, no se puede hacer nada. En esta situación, el contacto vivo con Cristo es la ayuda decisiva para continuar en el camino recto: ni caer en una soberbia que desprecia al hombre y en realidad nada construye, sino que más bien destruye, ni ceder a la resignación, la cual impediría dejarse guiar por el amor y así servir al hombre. La oración se convierte en estos momentos en una exigencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerzas de Cristo. Quien reza no desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar sólo a la acción. La piedad no escatima la lucha contra la pobreza o la miseria del prójimo. La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello. En su carta para la Cuaresma de 1996 la beata escribía a sus colaboradores laicos: «Nosotros necesitamos esta unión íntima con Dios en nuestra vida cotidiana. Y ¿cómo podemos conseguirla? A través de la oración».

37. Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?

38. Es cierto que Job puede quejarse ante Dios por el sufrimiento incomprensible y aparentemente injustificable que hay en el mundo. Por eso, en su dolor, dice: «¡Quién me diera saber encontrarle, poder llegar a su morada!... Sabría las palabras de su réplica, comprendería lo que me dijera. ¿Precisaría gran fuerza para disputar conmigo?... Por eso estoy, ante él, horrorizado, y cuanto más lo pienso, más me espanta. Dios me ha enervado el corazón, el Omnipotente me ha aterrorizado» (23, 3.5-6.15-16). A menudo no se nos da a conocer el motivo por el que Dios frena su brazo en vez de intervenir. Por otra parte, Él tampoco nos impide gritar como Jesús en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46). Deberíamos permanecer con esta pregunta ante su rostro, en diálogo orante: «¿Hasta cuándo, Señor, vas a estar sin hacer justicia, tú que eres santo y

veraz?» (cf. Ap 6, 10). San Agustín da a este sufrimiento nuestro la respuesta de la fe: «Si comprehendis, non est Deus», si lo comprendes, entonces no es Dios. [35] Nuestra protesta no quiere desafiar a Dios, ni insinuar en Él algún error, debilidad o indiferencia. Para el creyente no es posible pensar que Él sea impotente, o bien que «tal vez esté dormido» (1 R 18, 27). Es cierto, más bien, que incluso nuestro grito es, como en la boca de Jesús en la cruz, el modo extremo y más profundo de afirmar nuestra fe en su poder soberano. En efecto, los cristianos siguen creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que les rodea, en la «bondad de Dios y su amor al hombre» (Tt 3, 4). Aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros.

39. Fe, esperanza y caridad están unidas. La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad. La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá Él, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras. La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica.

CONCLUSIÓN

40. Contemplemos finalmente a los Santos, a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad. Pienso particularmente en Martín de Tours († 397), que primero fue soldado y después monje y obispo: casi como un icono, muestra el valor insustituible del testimonio individual de la caridad. A las puertas de Amiens compartió su manto con un pobre; durante la noche, Jesús mismo se le apareció en sueños revestido de aquel manto, confirmando la perenne validez de las palabras

[35] Sermo 52, 16: PL 38, 360.

del Evangelio: «Estuve desnudo y me vestisteis... Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 36. 40). [36] Pero ¡cuántos testimonios más de caridad pueden citarse en la historia de la Iglesia! Particularmente todo el movimiento monástico, desde sus comienzos con san Antonio Abad († 356), muestra un servicio ingente de caridad hacia el prójimo. Al confrontarse «cara a cara» con ese Dios que es Amor, el monje percibe la exigencia apremiante de transformar toda su vida en un servicio al prójimo, además de servir a Dios. Así se explican las grandes estructuras de acogida, hospitalidad y asistencia surgidas junto a los monasterios. Se explican también las innumerables iniciativas de promoción humana y de formación cristiana destinadas especialmente a los más pobres de las que se han hecho cargo las Órdenes monásticas y Mendicantes primero, y después los diversos Institutos religiosos masculinos y femeninos a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Figuras de Santos como Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Camilo de Lelis, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, José B. Cottolengo, Juan Bosco, Luis Orione, Teresa de Calcuta —por citar sólo algunos nombres— siguen siendo modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad. Los Santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor.

41. Entre los Santos, sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad. El Evangelio de Lucas la muestra atareada en un servicio de caridad a su prima Isabel, con la cual permaneció «unos tres meses» (1, 56) para atenderla durante el embarazo. «Magnificat anima mea Dominum», dice con ocasión de esta visita —«proclama mi alma la grandeza del Señor»— (Lc 1, 46), y con ello expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. Lc 1, 38. 48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas. Es una mujer de fe: «¡Dichosa tú, que has creído!», le dice Isabel (Lc 1, 45). El Magnificat —un retrato de su alma, por decirlo así— está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia

[36] Cf. Sulpicio Severo, *Vita Sancti Martini*, 3, 1-3: SCh 133, 256-258.

casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada. María es, en fin, una mujer que ama. ¿Cómo podría ser de otro modo? Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama. Lo intuimos en sus gestos silenciosos que nos narran los relatos evangélicos de la infancia. Lo vemos en la delicadeza con la que en Caná se percata de la necesidad en la que se encuentran los esposos, y lo hace presente a Jesús. Lo vemos en la humildad con que acepta ser como olvidada en el período de la vida pública de Jesús, sabiendo que el Hijo tiene que fundar ahora una nueva familia y que la hora de la Madre llegará solamente en el momento de la cruz, que será la verdadera hora de Jesús (cf. Jn 2, 4; 13, 1). Entonces, cuando los discípulos hayan huido, ella permanecerá al pie de la cruz (cf. Jn 19, 25-27); más tarde, en el momento de Pentecostés, serán ellos los que se agrupen en torno a ella en espera del Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14).

42. La vida de los Santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos. En nadie lo vemos mejor que en María. La palabra del Crucificado al discípulo —a Juan y, por medio de él, a todos los discípulos de Jesús: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 27)— se hace de nuevo verdadera en cada generación. María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. Los testimonios de gratitud, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien. La devoción de los fieles muestra al mismo tiempo la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de Él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial «del que manarán torrentes de agua viva» (Jn 7, 38). María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué

es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. A ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor:

Santa María, Madre de Dios,
tú has dado al mundo la verdadera luz,
Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios.
Te has entregado por completo
a la llamada de Dios
y te has convertido así en fuente
de la bondad que mana de Él.
Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él.
Enséñanos a conocerlo y amarlo,
para que también nosotros
podamos llegar a ser capaces
de un verdadero amor
y ser fuentes de agua viva
en medio de un mundo sediento.

Dado en Roma, junto a San Pedro, 25 de diciembre, solemnidad de la Natividad del Señor, del año 2005, primero de mi Pontificado.

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
PARA LA CELEBRACIÓN
DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ
EN LA VERDAD, LA PAZ

1 de enero de 2006

1. Con el tradicional Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, al principio del nuevo año, deseo hacer llegar un afectuoso saludo a todos los hombres y a todas las mujeres del mundo, de modo especial a los que sufren a causa de la violencia y de los conflictos armados. Es también un deseo lleno de esperanza por un mundo más sereno, en el que aumente el número de quienes, tanto individual como comunitariamente, se esfuerzan por seguir las vías de la justicia y la paz.

2. Antes de nada, quisiera rendir un homenaje agradecido a mis amados Predecesores, los grandes Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, inspirados artífices de paz. Animados por el espíritu de las Bienaventuranzas, supieron leer en los numerosos acontecimientos históricos que marcaron sus respectivos Pontificados la intervención providencial de Dios, que nunca olvida la suerte del género humano. Como incansables mensajeros del Evangelio, invitaron repetidamente a todos a reemprender desde Dios la promoción de una convivencia pacífica en todas las regiones de la tierra. Mi primer Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz sigue la

línea de esta noble enseñanza: con él, deseo confirmar una vez más la firme voluntad de la Santa Sede de continuar sirviendo a la causa de la paz. El nombre mismo de Benedicto, que adopté el día en que fui elegido para la Cátedra de Pedro, quiere indicar mi firme decisión de trabajar por la paz. En efecto, he querido hacer referencia tanto al Santo Patrono de Europa, inspirador de una civilización pacificadora de todo el Continente, así como al Papa Benedicto XV, que condenó la primera Guerra Mundial como una « matanza inútil » [1] y se esforzó para que todos reconocieran las razones superiores de la paz.

3. El tema de reflexión de este año —« En la verdad, la paz »— expresa la convicción de que, donde y cuando el hombre se deja iluminar por el resplandor de la verdad, emprende de modo casi natural el camino de la paz. La Constitución pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Ecuménico Vaticano II, clausurado hace ahora 40 años, afirma que la humanidad no conseguirá construir « un mundo más humano para todos los hombres, en todos los lugares de la tierra, a no ser que todos, con espíritu renovado, se conviertan a la verdad de la paz ».[2] Pero, ¿a qué nos referimos al utilizar la expresión « verdad de la paz »? Para contestar adecuadamente a esta pregunta se ha de tener presente que la paz no puede reducirse a la simple ausencia de conflictos armados, sino que debe entenderse como « el fruto de un orden asignado a la sociedad humana por su divino Fundador », un orden « que los hombres, siempre sedientos de una justicia más perfecta, han de llevar a cabo ».[3] En cuanto resultado de un orden diseñado y querido por el amor de Dios, la paz tiene su verdad intrínseca e inapelable, y corresponde « a un anhelo y una esperanza que nosotros tenemos de manera imborrable ».[4]

4. La paz, concebida de este modo, es un don celestial y una gracia divina, que exige a todos los niveles el ejercicio de una responsabilidad mayor: la de conformar —en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor— la historia humana con el orden divino. Cuando falta la adhesión al orden trascendente de la realidad, o bien el respeto de aquella « gramática » del diálogo que es la ley moral universal, inscrita en el corazón del hombre; [5] cuando se obstacu-

[1] Llamamiento a los Jefes de los pueblos beligerantes (1 agosto 1917): AAS 9 (1917) 423.

[2] N. 77.

[3] *Ibíd.* 78.

[4] Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada mundial de la paz 2004, 9.

[5] Cf. Juan Pablo II, Discurso a la 50a Asamblea General de las Naciones Unidas, 5 octubre 1995, 3.

liza y se impide el desarrollo integral de la persona y la tutela de sus derechos fundamentales; cuando muchos pueblos se ven obligados a sufrir injusticias y desigualdades intolerables, ¿cómo se puede esperar la consecución del bien de la paz? En efecto, faltan los elementos esenciales que constituyen la verdad de dicho bien. San Agustín definía la paz como «tranquillitas ordinis»,^[6] la tranquilidad del orden, es decir, aquella situación que permite en definitiva respetar y realizar por completo la verdad del hombre.

5. Entonces, ¿quién y qué puede impedir la consecución de la paz? A este propósito, la Sagrada Escritura, en su primer Libro, el Génesis, resalta la mentira pronunciada al principio de la historia por el ser de lengua bífida, al que el evangelista Juan califica como «padre de la mentira» (Jn 8,44). La mentira es también uno de los pecados que recuerda la Biblia en el capítulo final de su último Libro, el Apocalipsis, indicando la exclusión de los mentirosos de la Jerusalén celeste: «¡Fuera... todo el que ame y practique la mentira!» (22,15). La mentira está relacionada con el drama del pecado y sus consecuencias perversas, que han causado y siguen causando efectos devastadores en la vida de los individuos y de las naciones. Baste pensar en todo lo que ha sucedido en el siglo pasado, cuando sistemas ideológicos y políticos aberrantes han tergiversado de manera programada la verdad y han llevado a la explotación y al exterminio de un número impresionante de hombres y mujeres, e incluso de familias y comunidades enteras. Después de tales experiencias, ¿cómo no preocuparse seriamente ante las mentiras de nuestro tiempo, que son como el telón de fondo de escenarios amenazadores de muerte en diversas regiones del mundo? La auténtica búsqueda de la paz requiere tomar conciencia de que el problema de la verdad y la mentira concierne a cada hombre y a cada mujer, y que es decisivo para un futuro pacífico de nuestro planeta.

6. La paz es un anhelo imborrable en el corazón de cada persona, por encima de las identidades culturales específicas. Precisamente por esto, cada uno ha de sentirse comprometido en el servicio de un bien tan precioso, procurando que ningún tipo de falsedad contamine las relaciones. Todos los hombres pertenecen a una misma y única familia. La exaltación exasperada de las propias diferencias contrasta con esta verdad de fondo. Hay que recuperar la conciencia de estar unidos por un mismo destino, trascendente en última instancia, para poder valorar mejor las propias diferencias históricas y culturales, buscando la coordinación, en vez de la

[6] De civitate Dei, XIX, 13.

contraposición, con los miembros de otras culturas. Estas simples verdades son las que hacen posible la paz; y son fácilmente comprensibles cuando se escucha al propio corazón con pureza de intención. Entonces la paz se presenta de un modo nuevo: no como simple ausencia de guerra, sino como convivencia de todos los ciudadanos en una sociedad gobernada por la justicia, en la cual se realiza en lo posible, además, el bien para cada uno de ellos. La verdad de la paz llama a todos a cultivar relaciones fecundas y sinceras, estimula a buscar y recorrer la vía del perdón y la reconciliación, a ser transparentes en las negociaciones y fieles a la palabra dada. En concreto, el discípulo de Cristo, que se ve acechado por el mal y por eso necesitado de la intervención liberadora del divino Maestro, se dirige a Él con confianza, consciente de que « Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca » (1 P 2,22; cf. Is 53,9). En efecto, Jesús se presentó como la Verdad en persona y, hablando en una visión al vidente del Apocalipsis, manifestó un rechazo total a « todo el que ame y practique la mentira » (Ap 22,15). Él es quien revela la plena verdad del hombre y de la historia. Con la fuerza de su gracia es posible estar en la verdad y vivir de la verdad, porque sólo Él es absolutamente sincero y fiel. Jesús es la verdad que nos da la paz.

7. La verdad de la paz ha de tener un valor en sí misma y hacer valer su luz beneficiosa, incluso en las situaciones trágicas de guerra. Los Padres del Concilio Ecuménico Vaticano II, en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, subrayan que « una vez estallada desgraciadamente la guerra, no todo es lícito entre los contendientes ».[7] La Comunidad Internacional ha elaborado un derecho internacional humanitario para limitar lo más posible las consecuencias devastadoras de la guerra, sobre todo entre la población civil. La Santa Sede ha expresado en numerosas ocasiones y de diversas formas su apoyo a este derecho humanitario, animando a respetarlo y aplicarlo con diligencia, convencida de que, incluso en la guerra, existe la verdad de la paz. El derecho internacional humanitario se ha de considerar una de las manifestaciones más felices y eficaces de las exigencias que se derivan de la verdad de la paz. Precisamente por eso, se impone como un deber para todos los pueblos respetar este derecho. Se ha de apreciar su valor y es preciso garantizar su correcta aplicación, actualizándolo con normas concretas capaces de hacer frente a los escenarios variables de los actuales conflictos armados, así como al empleo de armamentos nuevos y cada vez más sofisticados.

[7] N. 79.

8. Pienso con gratitud en las Organizaciones Internacionales y en todos los que trabajan con esfuerzo constante para aplicar el derecho internacional humanitario. ¿Cómo podría olvidar, a este respecto, a tantos soldados empeñados en delicadas operaciones para controlar los conflictos y restablecer las condiciones necesarias para lograr la paz? A ellos deseo recordar también las palabras del Concilio Vaticano II: « Los que, destinados al servicio de la patria, se encuentran en el ejército, deben considerarse a sí mismos como servidores de la seguridad y de la libertad de los pueblos, y mientras desempeñan correctamente esta función, contribuyen realmente al establecimiento de la paz ».[8] En esta apremiante perspectiva se sitúa la acción pastoral de los Obispos castrenses de la Iglesia católica: dirijo mi aliento tanto a los Ordinarios como a los capellanes castrenses para que sigan siendo, en todo ámbito y situación, fieles evangelizadores de la verdad de la paz.

9. Hoy en día, la verdad de la paz sigue estando en peligro y negada de manera dramática por el terrorismo que, con sus amenazas y acciones criminales, es capaz de tener al mundo en estado de ansiedad e inseguridad. Mis Predecesores Pablo VI y Juan Pablo II intervinieron en muchas ocasiones para denunciar la terrible responsabilidad de los terroristas y condenar la insensatez de sus planes de muerte. En efecto, estos planes se inspiran con frecuencia en un nihilismo trágico y sobrecogedor, que el Papa Juan Pablo II describió con estas palabras: « Quien mata con atentados terroristas cultiva sentimientos de desprecio hacia la humanidad, manifestando desesperación ante la vida y el futuro; desde esta perspectiva, se puede odiar y destruir todo ».[9] Pero no sólo el nihilismo, sino también el fanatismo religioso, que hoy se llama frecuentemente fundamentalismo, puede inspirar y alimentar propósitos y actos terroristas. Intuyendo desde el principio el peligro destructivo que representa el fundamentalismo fanático, Juan Pablo II lo denunció enérgicamente, llamando la atención sobre quienes pretenden imponer con la violencia la propia convicción acerca de la verdad, en vez de proponerla a la libre aceptación de los demás. Y añadía: « Pretender imponer a otros con la violencia lo que se considera como la verdad, significa violar la dignidad del ser humano y, en definitiva, ultrajar a Dios, del cual es imagen ».[10]

[8] *Ibíd.*

[9] Mensaje para Jornada mundial de la Paz 2002, 6.

[10] *Ibíd.*

10. Bien mirado, tanto el nihilismo como el fundamentalismo mantienen una relación errónea con la verdad: los nihilistas niegan la existencia de cualquier verdad, los fundamentalistas tienen la pretensión de imponerla con la fuerza. Aun cuando tienen orígenes diferentes y sus manifestaciones se producen en contextos culturales distintos, el nihilismo y el fundamentalismo coinciden en un peligroso desprecio del hombre y de su vida y, en última instancia, de Dios mismo. En efecto, en la base de tan trágico resultado común está, en último término, la tergiversación de la plena verdad de Dios: el nihilismo niega su existencia y su presencia providente en la historia; el fundamentalismo fanático desfigura su rostro benevolente y misericordioso, sustituyéndolo con ídolos hechos a su propia imagen. En el análisis de las causas del fenómeno contemporáneo del terrorismo es deseable que, además de las razones de carácter político y social, se tengan en cuenta también las más hondas motivaciones culturales, religiosas e ideológicas.

11. Ante los riesgos que vive la humanidad en nuestra época, es tarea de todos los católicos intensificar en todas las partes del mundo el anuncio y el testimonio del « Evangelio de la paz », proclamando que el reconocimiento de la plena verdad de Dios es una condición previa e indispensable para la consolidación de la verdad de la paz. Dios es Amor que salva, Padre amoroso que desea ver cómo sus hijos se reconocen entre ellos como hermanos, responsablemente dispuestos a poner los diversos talentos al servicio del bien común de la familia humana. Dios es fuente inagotable de la esperanza que da sentido a la vida personal y colectiva. Dios, sólo Dios, hace eficaz cada obra de bien y de paz. La historia ha demostrado con creces que luchar contra Dios para extirparlo del corazón de los hombres lleva a la humanidad, temerosa y empobrecida, hacia opciones que no tienen futuro. Esto ha de impulsar a los creyentes en Cristo a ser testigos convincentes de Dios, que es verdad y amor al mismo tiempo, poniéndose al servicio de la paz, colaborando ampliamente en el ámbito ecuménico, así como con las otras religiones y con todos los hombres de buena voluntad.

12. Al observar el actual contexto mundial, podemos constatar con agrado algunas señales prometedoras en el camino de la construcción de la paz. Pienso, por ejemplo, en la disminución numérica de los conflictos armados. Ciertamente, se trata todavía de pasos muy tímidos en el camino de la paz, pero que permiten vislumbrar ya un futuro de mayor serenidad, en particular para las poblaciones tan castigadas de Palestina, la tierra de Jesús, y para los habitantes de algunas regiones de África y de Asia, que esperan desde hace años una conclusión

positiva de los procesos de pacificación y reconciliación emprendidos. Son signos consoladores, que necesitan ser confirmados y consolidados mediante una acción concorde e infatigable, sobre todo por parte de la Comunidad Internacional y de sus Organismos, encargados de prevenir los conflictos y dar una solución pacífica a los actuales.

13. No obstante, todo esto no debe inducir a un optimismo ingenuo. En efecto, no se puede olvidar que, por desgracia, existen todavía sangrientas contiendas fratricidas y guerras desoladoras que siembran lágrimas y muerte en vastas zonas de la tierra. Hay situaciones en las que el conflicto, encubierto como el fuego bajo la ceniza, puede estallar de nuevo causando una destrucción de imprevisible magnitud. Las autoridades que, en lugar de hacer lo que está en sus manos para promover eficazmente la paz, fomentan en los ciudadanos sentimientos de hostilidad hacia otras naciones, asumen una gravísima responsabilidad: ponen en peligro, en zonas ya de riesgo, los delicados equilibrios alcanzados a costa de laboriosas negociaciones, contribuyendo así a hacer más inseguro y sombrío el futuro de la humanidad. ¿Qué decir, además, de los gobiernos que se apoyan en las armas nucleares para garantizar la seguridad de su país? Junto con innumerables personas de buena voluntad, se puede afirmar que este planteamiento, además de funesto, es totalmente falaz. En efecto, en una guerra nuclear no habría vencedores, sino sólo víctimas. La verdad de la paz exige que todos —tanto los gobiernos que de manera declarada u oculta poseen armas nucleares, como los que quieren procurárselas— inviertan conjuntamente su orientación con opciones claras y firmes, encaminándose hacia un desarme nuclear progresivo y concordado. Los recursos ahorrados de este modo podrían emplearse en proyectos de desarrollo en favor de todos los habitantes y, en primer lugar, de los más pobres.

14. A este propósito, se han de mencionar con amargura los datos sobre un aumento preocupante de los gastos militares y del comercio siempre próspero de las armas, mientras se quedan como estancadas en el pantano de una indiferencia casi general el proceso político y jurídico emprendido por la Comunidad Internacional para consolidar el camino del desarme. ¿Qué futuro de paz será posible si se continúa invirtiendo en la producción de armas y en la investigación dedicada a desarrollar otras nuevas? El anhelo que brota desde lo más profundo del corazón es que la Comunidad Internacional sepa encontrar la valentía y la cordura de impulsar nuevamente, de manera decidida y conjunta, el desarme, aplicando concretamente el derecho a la paz, que es propio de cada hombre y de cada pueblo. Los diversos

Organismos de la Comunidad Internacional, comprometiéndose a salvaguardar el bien de la paz, obtendrían la autoridad moral que es indispensable para hacer creíbles e incisivas sus iniciativas.

15. Los primeros beneficiarios de una valiente opción por el desarme serán los países pobres que, después de tantas promesas, reclaman justamente la realización concreta del derecho al desarrollo. Este derecho también ha sido reafirmado solemnemente en la reciente Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, que ha celebrado este año el 60 aniversario de su fundación.

La Iglesia católica, a la vez que confirma su confianza en esta Organización internacional, desea su renovación institucional y operativa que la haga capaz de responder a las nuevas exigencias de la época actual, caracterizada por el fenómeno difuso de la globalización. La Organización de las Naciones Unidas ha de llegar a ser un instrumento cada vez más eficiente para promover en el mundo los valores de la justicia, de la solidaridad y de la paz. La Iglesia, por su parte, fiel a la misión que ha recibido de su Fundador, no deja de proclamar por doquier el «Evangelio de la paz». Animada por su firme convicción de prestar un servicio indispensable a cuantos se dedican a promover la paz, recuerda a todos que, para que la paz sea auténtica y duradera, ha de estar construida sobre la roca de la verdad de Dios y de la verdad del hombre. Sólo esta verdad puede sensibilizar los ánimos hacia la justicia, abrirlos al amor y a la solidaridad, y alentar a todos a trabajar por una humanidad realmente libre y solidaria. Ciertamente, sólo sobre la verdad de Dios y del hombre se construyen los fundamentos de una auténtica paz.

16. Al concluir este mensaje, quiero dirigirme de modo particular a los creyentes en Cristo, para renovarles la invitación a ser discípulos atentos y disponibles del Señor. Escuchando el Evangelio, queridos hermanos y hermanas, aprendemos a fundamentar la paz en la verdad de una existencia cotidiana inspirada en el mandamiento del amor. Es necesario que cada comunidad se entregue a una labor intensa y capilar de educación y de testimonio, que ayude a cada uno a tomar conciencia de que urge descubrir cada vez más a fondo la verdad de la paz. Al mismo tiempo, pido que se intensifique la oración, porque la paz es ante todo don de Dios que se ha de suplicar continuamente. Gracias a la ayuda divina, resultará ciertamente más convincente e iluminador el anuncio y el testimonio de la verdad de la paz. Dirijamos con confianza y filial abandono la mirada hacia María, la Madre del Príncipe de la Paz. Al principio de este nuevo año le pedimos que ayude

a todo el Pueblo de Dios a ser en toda situación agente de paz, dejándose iluminar por la Verdad que nos hace libres (cf. Jn 8,32). Que por su intercesión la humanidad incremente su aprecio por este bien fundamental y se comprometa a consolidar su presencia en el mundo, para legar un futuro más sereno y más seguro a las generaciones venideras.

Vaticano, 8 de diciembre de 2005.

BENEDICTO PP. XVI

MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI PARA LA CELEBRACIÓN DE LA JORNADA MUNDIAL DE LOS EMIGRANTES Y REFUGIADOS

Queridos hermanos y hermanas:

Hace cuarenta años se concluía el concilio ecuménico Vaticano II, cuya rica enseñanza abarca numerosos campos de la vida eclesial. En particular, la constitución pastoral *Gaudium et spes* realizó un atento análisis de la compleja realidad del mundo contemporáneo, buscando los modos más adecuados para llevar a los hombres de hoy el mensaje evangélico. Con ese fin, acogiendo la invitación del beato Juan XXIII, los padres conciliares se esforzaron por escrutar los signos de los tiempos, interpretándolos a la luz del Evangelio, para brindar a las nuevas generaciones la posibilidad de responder adecuadamente a los interrogantes perennes sobre el sentido de la vida presente y futura, y sobre el planteamiento correcto de las relaciones sociales (cf. *Gaudium et spes*, 4). Entre los signos de los tiempos reconocibles hoy se pueden incluir ciertamente las migraciones, un fenómeno que a lo largo del siglo recién concluido asumió una configuración, por decirlo así, estructural, transformándose en una característica importante del mercado del trabajo a nivel mundial, como consecuencia, entre otras cosas, del fuerte impulso ejercido por la globalización. Naturalmente, en este «signo de los tiempos» confluyen diversos componentes. En efecto, comprende las migraciones internas y las internacionales, las forzadas y las voluntarias, las legales y las irregulares, también sujetas a la plaga del tráfico de seres humanos. Y no se puede olvidar la categoría de los estudiantes extranjeros, cuyo número aumenta cada año en el mundo.

Con respecto a los que emigran por motivos económicos, cabe destacar el reciente hecho de la «feminización» del fenómeno, es decir, la creciente presencia en él de la mujer. En efecto, en el pasado, quienes emigraban eran sobre todo los hombres, aunque no faltaban nunca las mujeres; sin embargo, entonces ellas emigraban sobre todo para acompañar a sus respectivos maridos o padres, o para reunirse con ellos donde se encontraban ya. Hoy, aun siendo todavía numerosas esas situaciones, la emigración femenina tiende a ser cada vez más autónoma: la mujer cruza por sí misma los confines de su patria en busca de un empleo en el país de destino. Más aún, en ocasiones, la mujer emigrante se ha convertido en la principal fuente de ingresos para su familia. De hecho, la presencia femenina se da sobre todo en los sectores que ofrecen salarios bajos. Por eso, si los trabajadores emigrantes son particularmente vulnerables, entre ellos las mujeres lo son más aún. Los ámbitos de empleo más frecuentes para las mujeres son, además de los quehaceres domésticos, la asistencia a los ancianos, la atención a las personas enfermas y los servicios relacionados con el hospedaje en hoteles. En estos campos los cristianos están llamados a manifestar su compromiso en favor del trato justo a la mujer emigrante, del respeto a su feminidad y del reconocimiento de sus derechos iguales.

No se puede por menos de mencionar, en este contexto, el tráfico de seres humanos, sobre todo de mujeres, que prospera donde son escasas las oportunidades de mejorar la propia condición de vida, o simplemente de sobrevivir. Al traficante le resulta fácil ofrecer sus «servicios» a las víctimas, que con frecuencia no albergan ni la más mínima sospecha de lo que deberán afrontar luego. En algunos casos, hay mujeres y muchachas que son destinadas a ser explotadas, en el trabajo, casi como esclavas, y a veces incluso en la industria del sexo. Al no poder profundizar aquí el análisis de las consecuencias de esa migración, hago mía la condena que expresó Juan Pablo II contra «la difundida cultura hedonista y comercial que promueve la explotación sistemática de la sexualidad» (Carta a las mujeres, 29 de junio de 1995, n. 5). Aquí se halla todo un programa de redención y liberación, del que los cristianos no pueden desentenderse.

Por lo que atañe a la otra categoría de emigrantes, la de los que piden asilo y de los refugiados, quisiera destacar que en general se suele afrontar el problema constituido por su ingreso, sin interrogarse también acerca de las razones que los han impulsado a huir de su país de origen. La Iglesia contempla este mundo de sufrimiento y de violencia con los ojos de Jesús, que se conmovía ante el espectáculo de las muchedumbres que andaban errantes como ovejas sin pastor (cf. Mt 9,

36). Esperanza, valentía, amor y también «creatividad de la caridad» (Novo millennio ineunte, 50) deben impulsar el necesario compromiso, humano y cristiano, para socorrer a estos hermanos y hermanas en sus sufrimientos. Sus Iglesias de origen deben manifestarles su solicitud con el envío de asistentes de su misma lengua y cultura, en diálogo de caridad con las Iglesias particulares de acogida.

Por último, a la luz de los actuales «signos de los tiempos», merece particular atención el fenómeno de los estudiantes extranjeros. Su número, también gracias a los «intercambios» entre las diversas universidades, especialmente en Europa, registra un aumento constante, con los consiguientes problemas, también pastorales, que la Iglesia no puede descuidar. Esto vale de modo especial para los estudiantes procedentes de los países en vías de desarrollo, para los cuales la experiencia universitaria puede constituir una ocasión extraordinaria de enriquecimiento espiritual.

A la vez que invoco la asistencia divina para quienes, impulsados por el deseo de contribuir a la promoción de un futuro de justicia y paz en el mundo, trabajan con empeño en el campo de la pastoral al servicio de la movilidad humana, envío a todos, como prenda de afecto, una especial bendición apostólica.

Vaticano, 18 de octubre de 2005.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 156 Euros (mes 13 Euros)
50 ejemplares año . . . 312 Euros (mes 26 Euros)
100 ejemplares año . . . 572 Euros (mes 47,66 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid

